Pequeña biografía de Osvaldo Bayer[*]

Osvaldo Bayer nació en Santa Fé en 1927. Estudió Historia en la Universidad de Hamburgo de 1952 a 1956. De vuelta en la Argentina se dedicó al periodismo, a la investigación histórica y a guiones cinematográficos. Trabajó en los diarios Noticias Gráficas, en el patagónico Esquel y en Clarín, del cual fue secretario de redacción, y en diversas revistas. Fue secretario general del Sindicato de Prensa de 1959 a 1962. Por el libro La Patagonia Rebelde y el film del mismo nombre fue perseguido y tuvo que abandonar el país en 1975. Vivió en el exilio, en Berlín, hasta su regreso a Buenos Aires, en 1983. Actualmente colabora en Página/12. Ha publicado los siguientes libros: Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia(1970); La Patagonia Rebelde (Los vengadores de la Patagonia trágica, 1972-76 cuatro tomos); Los anarquistas expropiadores (1974); Radowitzky, ¿mártir o asesino? (1974); La Rosales, una tragedia argentina (1974); Exilio (1984, en colaboración con Juan Gelman). Fue el guionista de los films La Maffia (1972); La Patagonia Rebelde (1974); Todo es ausencia (1983); Cuarentena: exilio y regreso (1984); Juan, como si nada hubiera pasado (1986); La amiga (1989); Amor América (1989); Elizabeth (1990); El vindicador (1991) y Panteón Militar (1992); los últimos seis en coproducción con Alemania.

Cronología Osvaldo Bayer

1927

Nace en Santa Fe. Pasa parte de su infancia en una casona de Boulevard Pellegrini y 4 de Enero de esa ciudad.

1950

Comienza a trabajar como colaborador para la revista de viajes y costumbres "Continente".

1952

Viaja a Alemania para estudiar Historia en la Universidad de Hamburgo, donde reside hasta 1956.
El 24 de enero de este año se casa con Marlies Joos. El 31 de octubre nace, en Rottweil (Alemania), su primer hijo, Udo.

1953

El 20 de diciembre nace, en Buenos Aires, su segundo hijo, Cristian.

1956

Trabaja como redactor en "Noticias Gráficas".

1957

Luis Feldman Cosín, propietario de una cadena de diarios en Chubut, lo contrata para dirigir el periódico "Esquel". Su postura en contra de los

[*] http://www.audiovideotecaba.gov.ar/areas/com_social/audiovideoteca/bayer_biblio_es.php

terratenientes hace que, en una oportunidad, fuera cesanteado del cargo y detenido por la policía. La presión de los medios porteños, agitados por Rogelio García Lupo, ayuda a su liberación.
El 26 de febrero nace, en Buenos Aires, su tercer hijo, Esteban.

1958

Funda "La Chispa", al que él mismo denominó como "el primer periódico independiente de la Patagonia". Se imprimía, letra por letra, en una antiquísima máquina Minerva.
El 6 de mayo nace, en Buenos Aires, su hija Ana.

1959

Acusado de difundir información estratégica en un punto fronterizo, es obligado a punta de pistola, a abandonar Esquel.
Desempeña el cargo de Secretario General del Sindicato de Prensa hasta 1962.

1960

Roberto Noble, director de "Clarín", le propone integrarse a la mesa de redacción del diario.
A principios de la década de 1960 trabaja como redactor, y luego como director, del recién aparecido semanario "Imagen".

1967

Colabora en la revista "Todo es Historia", dirigida por el historiador Félix Luna. Allí publica los primeros resultados de su investigación sobre la matanza de obreros en el sur argentino en 1921 (semilla de lo que sería más adelante su libro "La Patagonia rebelde"). En esta revista dedicada al relato y a la revisión de temas nacionales e internacionales, publica sus trabajos de investigación periodística realizados entre 1967 y 1971: "Palomar: el negociado que conmovió un régimen"; "La tragedia de la Rosales"; "Simón Radowitsky, ¿mártir o asesino?"; "El fin del último corsario: tragedia y supervivencia del Graff Spee"; "Los vengadores de la Patagonia trágica"; "Di Giovanni, el idealista de la violencia"; "Los anarquistas expropiadores", y "La masacre de Jacinto Aráuz".
"Lo que pasa es que yo, además de ser anarquista, soy pacifista a ultranza. Pero cuando escribí 'Expropiadores anarquistas' digo la absoluta verdad. A veces me llama Fina, la que fue amante de Severino y me critica. 'Vos le adjudicás todo a Severino...' Y no es cierto: lo que publiqué me lo contaron sus compañeros. Pero también creo que le rendí homenaje porque las expropiaciones las hacían para comprar armas y publicar sus periódicos, no para vivir bien. Yo les tengo respeto, porque mi línea es el pacifismo y no tengo la fórmula para hacer la revolución." Señala Bayer en una entrevista de la revista "Noticias", del 23 de enero de 2005.

1969

Renuncia a su cargo en el diario "Clarín" cuando con la muerte de Roberto Noble, Ernestina Herrera, su esposa, asume la dirección y los cambios políticos se reflejan en su redacción.

1970

Editorial Galerna publica "Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia" (ensayo).

1972

Editorial Galerna de Buenos Aires publica los tomos I y II ("Los bandoleros" y "La masacre"), de "La Patagonia rebelde".
El 29 de marzo se estrena en Buenos Aires la película "La Maffia", sobre un argumento de Osvaldo Bayer y José Dominiani.

1974

Editorial Galerna, de Buenos Aires, publica el tomo III de "La Patagonia rebelde" ("Los vengadores").
El 13 de junio se estrena en Buenos Aires "La Patagonia rebelde", con dirección de Héctor Olivera. El guión, de Osvaldo Bayer, Fernando Ayala y Héctor Olivera, se escribe en base al libro "Los vengadores" de "La Patagonia rebelde".

1975

La Editorial Galerna de Buenos Aires, publica "Los anarquistas expropiadores y otros ensayos", que incluye "Radowitzky, ¿mártir o asesino?" y "La Rosales, una tragedia argentina".
Es perseguido y obligado a exiliarse a causa del libro "La Patagonia rebelde" y la película homónima. Se radica en Berlín (Alemania). El tomo IV de "La Patagonia rebelde" ("El vindicador") es editado en Alemania. En él se expresa que "ha sido la primera vez que una obra histórica argentina, para ser completada, tuvo que ser editada en el extranjero".

1983

Con el fin de la dictadura militar argentina, Bayer regresa a Buenos Aires. Escribe el guión del film "Todo es ausencia".

1984

La editorial Legasa, de Buenos Aires, publica "Exilio", un ensayo escrito en colaboración con el poeta argentino Juan Gelman.
Es guionista de "Cuarentena: exilio y regreso".
Recibe el premio Kónex, diploma al mérito, en la categoría testimonial, otorgado por la Fundación Kónex de Buenos Aires.

1987

Comienza a colaborar en el diario "Página/12", recién fundado. Escribe el guión del documental "Juan, como si nada hubiera pasado", coproducción argentino-alemana no estrenada comercialmente en Argentina.

1989

Es guionista de "La amiga" y de "Amor América", ambas coproducciones argentino-alemanas.

1990

La Editorial Sudamericana publica "Fútbol argentino" (ensayo). Escribe el guión de la coproducción argentino-alemana "Elizabeth". El 19 de abril se estrena en Buenos Aires el film "Fútbol argentino", con dirección de Víctor Dínenzon y guión de Osvaldo Bayer.

1991

Es guionista de "El vindicador" (coproducción argentino-alemana).

1992

Escribe el guión de la coproducción argentino-alemana "Panteón Militar".

1993

Aparece en Buenos Aires, el libro de ensayo "Rebeldía y esperanza" (Grupo Editorial Zeta).

1995

El 29 de septiembre se estrena en Buenos Aires la película "Jaime de Nevares, último viaje", con textos de Osvaldo Bayer, Carmen Guarini y Ernesto Lamas.

1998

Editorial Planeta reedita "Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia". En Buenos Aires, el 22 de abril, se estrena "Soriano", film testimonial sobre el escritor y periodista Osvaldo Soriano en el que participa como entrevistado.

1999

La editorial Vergara publica en Buenos Aires "En camino al paraíso" (ensayo).
Participa en la película "Ángel, la diva y yo", con dirección de Pablo Nisenson y guión de José Pablo Feinmann.

2000

Participa como entrevistado en el documental sobre Jorge Luis Borges, dirigido por Eduardo Montes Bradley, estrenado en Buenos Aires el 14 de septiembre.

2001

Editorial Planeta, de Buenos Aires, publica la novela "Rainer y Minou". "A fines del año pasado (cuando Bayer ya había terminado y entregado a imprenta esa novela, con el título ’Rainer y Minou’ y el subtítulo ’Una realidad literaria’), viajó a Río Gallegos a recibir un doctorado honoris causa de la Universidad Austral. Allí contó cuál había sido la génesis de su monumental investigación sobre los hechos de la Patagonia: el momento de su infancia en que "quedó magnetizado por las dos versiones tan distintas" que daban su padre y su madre sobre la bestial represión de aquellas huelgas por las tropas del Ejército. La ’ira y tristeza’ con que su padre recordaba los hechos y la respetuosa divergencia que confesaba a sus hijos la señora Bayer

cuando su marido no estaba presente (’No fue tan así como lo cuenta vuestro padre...’). Y que llevó al joven Bayer a dedicar más de una década de esfuerzos solitarios para ’intentar develar cuál de aquellas versiones era más cierta’. Leyendo en esos días ’Rainer y Minou’ me acordé de otra confesión de Bayer a propósito de su formación: ’Quise estudiar un año de Medicina, para conocer el cuerpo, antes de conocer el alma estudiando Filosofía’. Porque este libro es un artefacto que responde tan impecablemente a esa actitud de conocimiento como a esa definición de ’realidad literaria’. ’Rainer y Minou’ es una historia de amor. Mejor dicho, es la versión (la suma de versiones) de esa historia de amor que nos ofrece un testigo: ’el cronista’, como lo llama Bayer. Un cronista que nos recibe en la primera página del texto para anticiparnos el libro que vamos a leer. Y nos despide de él en la última, cuando ya todos los personajes han abandonado la escena." De la crítica de Juan Forn, en Radar Libros, diario "Página/12", 1º de junio de 2001. El 8 de noviembre se estrena en Buenos Aires "Los cuentos del timonel", documental sobre Osvaldo Bayer, dirigido por Eduardo Montes Bradley.

2002

Participa como entrevistado del documental "Cortázar: apuntes para un documental", dirigido por Eduardo Montes Bradley.

2003

En el mes de abril la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires le otorga el grado de Doctor Honoris Causa por su trayectoria en el campo de los derechos humanos, la literatura y el periodismo. "Hace 27 años empezaba esta dictadura que hizo desaparecer a tantos queridos amigos y que a uno lo obligó a irse del país. Yo no voy a perdonar nunca a la dictadura por tener que irme por escribir ’La Patagonia Rebelde’. Con un cambio absoluto y total también para mis hijos y mi mujer. Pero esto no es nada comparado con aquellos que perdieron la vida o sus hijos [...] lo de la guerra es un espanto. Ninguna persona con un mínimo de sentimiento humanitario puede soportar una cosa así. Que en estos mismos momentos estén cayendo misiles y bombas, destruyendo ciudades, matando niños y mujeres. Es una guerra que no va a terminar fácilmente, que nos va a cambiar la vida a todos. Y bueno, en medio de eso, recibir este premio que uno nunca soñó. Cuando yo tuve que irme, el brigadier de aviación que estaba en Ezeiza me dijo: usted jamás va a volver a pisar tierra de la Patria. Y hoy no sólo piso tierra de la Patria, sino que me dan un premio". Dirá Bayer en Olavarría, el 20 de abril de 2003.

2004

En el mes de julio es declarado Huésped de Honor por la Universidad Nacional del Litoral.
"Me da un poco de vergüenza decir que mi primer libro fue prohibido por Lastiri. Si hubiese sido prohibido por otro presidente de más categoría, uno se pondría más contento. Al segundo libro lo prohibió Isabel Perón, y ya a los demás los quemaron los militares. Quemar libros es como abusar de los niños: es una cobardía, porque no se pueden defender". Declarará en la conferencia de prensa, el 7 de julio del 2004.

Bibliografía de Osvaldo Bayer

"Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia". Ensayo. Osvaldo Bayer, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970.

"La Patagonia rebelde" (tomos I y II). Ensayo. Osvaldo Bayer, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1972.

"La Patagonia rebelde" (tomo III). Ensayo. Osvaldo Bayer, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1974.

"Los anarquistas expropiadores y otros ensayos". Ensayo. Osvaldo Bayer, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1975.

"La Patagonia rebelde" (tomo IV). Ensayo. Osvaldo Bayer, 1975, Berlín (Alemania).

"Exilio". Ensayo. Osvaldo Bayer y Juan Gelman, editorial Legasa, Buenos Aires, 1984.

"Fútbol argentino". Ensayo. Osvaldo Bayer, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

"Rebeldía y esperanza". Ensayo. Osvaldo Bayer, Grupo Editorial Zeta, Buenos Aires, 1993.

"Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia" (reedición). Ensayo. Osvaldo Bayer, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1998.

"En camino al paraíso". Ensayo. Osvaldo Bayer, editorial Vergara, Buenos Aires, 1999.

"Rainer y Minou". Novela. Osvaldo Bayer, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2001.

El santo ácrata

Osvaldo Bayer

En los años treinta, el periodista Luis Sofovich lo calificó de "el santo ácrata". Acracia era el país utópico con que soñaban los anarquistas, un mundo sin gobierno donde todo se resolviera por acuerdo mutuo, la ayuda mutua, la solidaridad. Los ácratas eran -y son- quienes piensan que lo más sagrado es la libertad, y el poder significa la negación de la libertad, por ende, de la dignidad. El "santoácrata" fue el orador más formidable que conocieron las tribunas publicas de la Argentina en las grandes agitaciones sociales de las primeras décadas de este siglo. Se llamó Rodolfo González Pacheco, la encarnación del "hombre nuevo". Luis Sofovich, aquel eterno tecleador de las redacciones de Crítica y de Noticias Gráficas, hizo el siguiente relato acerca de él: "Era el más noble, altruista y bondadoso de los ácratas. Poeta, su inspiración nacía en su alma limpia y en su devoción por la belleza. La Pampa y sus hombres conmovían sus fibras más íntimas, pero también los hombres que sudaban junto a las fraguas y los que estaban sumergidos por la tragedia. La libertad era su religión y en esa creencia era un santo, canonizado por una vida sin sacrificios, sin claudicaciones". Aclamado hombre de teatro, Rodolfo González Pacheco conmovió a amplios sectores populares con sus obras Hermano lobo, Las víboras, La inundación, Hijos del pueblo, y otras. Su estilo continuaba la línea comenzada por Florencio Sánchez con su M' hijo el doctor. Pero si bien sus obras ocuparon durante muchos años los escenarios de las salas céntricas, él escribía sus obras principalmente para los "cuadros filodramáticos", los teatros con que contaban todas las "sociedades de resistencia", como se llamaban los sindicatos, y las bibliotecas populares, creadas por socialistas y anarquistas hasta en el más lejano rincón de las pampas. Una vez, en la Sociedad de Actores, le preguntaron: ¿Cómo se hizo anarquista". Y él contestó sonriente y nostálgico: "La culpa fue de unos agitadores que disfrazados de marineros y vendedores de casimires de contrabando llegaron una tarde a la estancia de mis padres, en los primeros años de este siglo. Yo era un hijo de papá, un aprendiz de gaucho, mujeriego en los bailes de rancho y pendenciero en las reuniones de pulpería. Respetado por los gauchos que veían en mí más que al mozo guapo a un protegido de los milicos, porque era hijo de estanciero. Aquellos falsos contrabandistas pidieron permiso para pernoctar, y de acuerdo con la costumbre hospitalaria de nuestra pampa se les dio carne asada y catres para pasar la noche en el galpón de los mensuales. Al siguiente día, cuando ellos se fueron, uno de los peones me trajo una colección de pequeños folletos que los forasteros se habían olvidado en el galpón, repartidos estratégicamente para que se pudieran hallar después de irse... Eran pensamientos de Bakunin, de Kropotkin, de Pietro Gori, de Malatesta. Al leerlos, fue la primera vez que advertí que en el mundo había algo más que guitarras, ginebra y carreras cuadreras. Que había gente que se preocupaba por sus congéneres. Y que mi vida era canallesca comparada con la nobleza y los sentimientos de esa gente con preocupaciones sociales". Esas consignas iban a ser su brújula hasta su muerte, en 1949, a los 66 años. Fue un nato sembrador de ideas. Un

orador político por excelencia. Estuvo en todo el país para hablar. Recorrió también Chile, México, Cuba y España hablando, siempre hablando y discutiendo. Habló en todas las campañas: la de Sacco y Vanzetti; la de Radowitzky, la de los mensúes, la de los mineros; fue el principal agitador en la huelga teatral más grande de la historia argentina. Pero ante todo fue el creador de los "Carteles". Los "Carteles" de González Pacheco consistían en recuadros que se publicaban en los periódicos anarquistas y donde se tomaba tajante posición ante los acontecimientos públicos que se producían. Esos "Carteles" quedaron en las páginas de los periódicos que él mismo fue fundando. Por ejemplo, aquel semanario llamado La Mentira que, con ironía suspicaz, se autotitulaba Organo de la patria, la religión y el Estado, y que fundó junto a un oficial de policía: Federico A. Gutiérrez, a quien un anarquista italiano, el anciano Ragazzini, había convencido durante sus continuas estadas forzosas en el Depósito de Contraventores. Pacheco fue primera pluma también en Germinal, en Campana Nueva, en el vespertino La Batalla (sí, los anarquistas editaban todos los días La Protesta, matutino, y La Batalla, vespertino). Pero el régimen de los conservadores liberales no le permitió levantar demasiado vuelo durante la campaña que la izquierda argentina inició contra la Ley Social y la Ley de Residencia: con otros luchadores, González Pacheco fue enviado al presidio militar de Ushuaia, la "Siberia Argentina", como se lo conocía en aquel tiempo. De ese tiempo quedaron sus impresionantes "Carteles" sobre el trato a los presos: la cachiporra de plomo, el triángulo, el cavar pozos en invierno con las manos, las palizas diarias. Un baldón que también tienen los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear, el dictador Uriburu, y los Justo, Ortiz y Castillo de la Década Infame, y los militares del '43. Pero si bien casi todos volvían quebrados y dispuestos a portarse bien, luego de vivir entre la brutalidad y la humillación, González Pacheco fundó, apenas regresado a Buenos Aires, Libre Palabra y más tarde El Manifiesto, hasta que entró a trabajar en La Protesta. Poco después creará La Obra, pero durante la Semana Trágica Yrigoyen ordenará la clausura de esa publicación y también de La Protesta. González Pacheco hizo caso omiso de la amenaza y la cárcel sacó a luz Tribuna Proletaria. Durante el gobierno de Alvear lo condenan a seis meses de prisión por haber elogiado la actitud del obrero alemán Kurt Wilckens, quien mata al teniente coronel Varela, fusilador de centenares de peones rurales patagónicos. Cuando a fines de la década del veinte se desata la violencia del anarquismo expropiador y Severino Di Giovanni comete el atentado contra la representación italiana fascista González Pacheco no sale -como muchos- a purificarse en las aguas del Jordán ni a lavarse las manos como Pilatos. Lamenta sí, las víctimas, pero hace el análisis del porqué de la violencia y las causas que originan esa violencia. Dirá en sus cartel La Cosecha: "Frente al dinamitazo del consulado italiano no nos desdecimos ni en una coma. Pensamos lo que pensábamos: el sistema de barbarie por el que arrean al mundo los gobernantes va a continuar produciendo estas explosiones. Son ellos, con sus violencias bestiales y sus podridos cinismos ante las más inefables aspiraciones del pueblo y sus más primarios instintos de libertad y justicia, los únicos responsables. No nos ponemos al margen ni le sacamos el cuerpo a ninguna sospecha, por más infame que sea. Nunca

podrá herirnos nada tan hondamente, como nos hiere y desgarra la angustia ahora". Y más adelante señala: "El culpable, sea quien sea, es un producto de este sistema burgués delirante de violencia y cinismos. Ese sistema es el criminal que arrea a la carnicería de diez millones de humanos, como en la pasada guerra, que aventa hogares y templos, mutila y relaja espíritus, él. El es el que corrompe todo, con sólo mirar, la vida... Lloren los cocodrilos sicarios. Nosotros no lloramos. No le sacamos el cuerpo a ninguna responsabilidad, tampoco". Por supuesto, González Pacheco irá -en 1936- a defender al pueblo español contra los militares de Franco. Y a partir de 1943 verá impotente como los sindicatos dejan de dar sus obras y escuchar sus conferencias. En las asambleas ya no se canta "Hijo del pueblo te oprimen cadenas..." o "Arriba los pobres del mundo..." sino el "Perón, Perón..." En el marco de ésta realidad moría hace 45 años Rodolfo González Pacheco, el "santo ácrata". Pero, pese a todo, moría con fe en el futuro. Lo atestigua ésta, su frase: "Hay un modo de perder y hay un modo de ganar a los hombres para la libertad: metiéndolos en un puño, como reses en un brete, o despertando en ellos el dormido ser sagrado que todos llevan dentro. Uno es expeditivo y autoritario: el otro es fraterno y entusiasta... De ése seguirá cosechando fe en su destino el pueblo. Porque aquel manda y éste siembra".

Nota publicada en Página/12 el Sábado 9 de Abril de 1994.

El santo de Ushuaia

Osvaldo Bayer

"Mil y mil veces maldita, tierra aborrecida del crimen, del sufrimiento y del sicario. Bajo el azote helado de tus huracanes gime el hombre; la angustia roe las almas de las víctimas; los abnegados, los Radowitzky, agonizan, mártires de la chusma del máuser, y, sobre el hórrido concierto de sollozos se oye siniestra la carcajada del verdugo."

Así comenzaba un volante del diario anarquista La Protesta, para el 1º de Mayo de 1918, el Día de los Trabajadores. Estoy en Ushuaia, en el edificio del antiguo penal, y hablo sobre Simón Radowitzky ante una concurrencia formada principalmente por gente joven. Nunca hubiera soñado antes que iba a tener esa posibilidad. En los años setenta publiqué un libro que se titulaba Simón Radowitzky, ¿mártir o asesino?, que fue a parar a la hoguera de la dictadura de los Videla y Massera. ¿Quién era ese Simón Radowitzky que había sido una figura legendaria del movimiento obrero en las tres primeras décadas de este siglo y que había pasado veintiún años de su vida en la cárcel, la mayoría de ellos en el penal de Ushuaia, una de las páginas más negras de la historia penal del género humano de la cual tendríamos que avergonzarnos los argentinos? Y que se mantuvo no sólo durante el gobierno de los conservadores liberales sino también durante los tres gobiernos primeros del radicalismo. Los que más cantaron a Simón Radowitzky, llamado el "mártir de Ushuaia" fueron los payadores criollos en los mitines y asambleas obreras.

"Traigo aquí para Simón
este manojo de flores,
del jardín de los dolores
del alma y del corazón:
traigo para aquel varón
valiente y decidido,
este manojo que ha sido
hecho con fibras del alma,
en un momento sin calma
de rebelde convencido."

Así cantaba el payador Manlio por la década del veinte.

Es que Simón había corporizado la violencia de abajo al matar de un preciso bombazo al jefe de policía coronel Ramón L. Falcón después que éste reprimió brutalmente la manifestación obrera del 1º de Mayo de 1909. Ese día ocurrirá la más grande tragedia obrera hasta ese momento de nuestra historia social. La policía montada al mando del comisario Jolly Medrano, después de que sonara el clarinazo de ataque ordenado por el propio coronel Falcón, se lanza sobre las columnas obreras en la Plaza Lorea. Parece una estampa de la Rusia imperial cuando los cosacos atacaban concentraciones de famélicos proletarios en San Petersburgo o en Moscú. En la historia de las represiones obreras, la del coronel Falcón quedó como una de las más cobardes y alevosas. En un primer momento se cuentan treinta y seis charcos

de sangre. Para explicar el drama, el militar traerá el argumento que todavía hoy se emplea en la Argentina: le echa la culpa a los "agitadores". Seguirán días de paro general proclamado por la FORA que tendrá un desarrollo muy violento. Esos días continuará la brutal represión y se seguirán sumando los muertos. Los obreros no se rinden porque:

"Los tiempos ya terminaron
en que hubo feudales bravos
que agarraban a los esclavos
y fiero los azotaron
¡Hoy no! Ya se rebelaron,
Y ese hombre hoy, febril y ardiente
cuando ve que un prepotente
burgués quiere maltratarlo:
cara a cara ha de mirarlo,
cuerpo a cuerpo y frente a frente!"

Así fue. Ese joven judío de apenas 18 años, obrero metalúrgico, esperará al coronel Falcón y pondrá fin a la vida del orgulloso militar que era todo un símbolo para los hombres de uniforme: Falcón había sido el cadete número uno recibido en el Colegio Militar creado por Sarmiento. Simón trata de suicidarse pero es capturado, condenado a muerte y luego, como es menor de edad, a prisión perpetua a cumplir en el penal de Ushuaia, con el agravante de que cada año, en oportunidad de cumplirse cada aniversario de su atentado contra Falcón "deberá ser llevado a reclusión solitaria a pan y agua durante veinte días", como dirá la sentencia.

En la prisión, sólo comparable con la de la Isla del Diablo, Radowitzky se convertirá en el "mártir de la anarquía". Será un místico de la resistencia y del altruismo con los demás presos. Protagonizará una huida legendaria a través de los canales fueguinos hasta que es capturado por un buque de guerra chileno y entregado a los carceleros argentinos. Todos los castigos inimaginables serán entonces para él. Aunque enfermo de tuberculosis, el clima del extremo sur y el aislamiento no lo amedrentan y sigue siendo el defensor de los demás presos para quienes Simón es una personalidad mística y al que admiran casi con respeto religioso.

Sus compañeros de ideas de todo el país no lo abandonaron en ningún momento. Miles de mitines y su nombre siempre en la primera página de sus publicaciones. Hasta que en 1930, Yrigoyen firmará el indulto. Pero el gobierno radical no se aguanta al carismático atentador en territorio argentino y lo expulsa al Uruguay. Allí será detenido y poco después soportará presidio en la isla de Flores. Hasta que en 1936, ya en libertad, marchará a la Guerra Civil Española a luchar contra el fascismo de Franco. Morirá en México en 1956 mientras trabajaba de obrero en una fábrica de juguetes, el mejor oficio que puede tener un ser humano.

Me paseo por las celdas del presidio de Ushuaia, cuarenta años después de la muerte del "santo de la anarquía". Los muros del oprobio. Oprobio que años después se iba a trasladar a los dominios de otros carceleros con uniforme militar: los campos de concentración de los Bussi, los Menéndez, los Camps. Pienso en estos verdugos cuando atravieso el portón de salida del

ex presidio austral. Y me consuela un pensamiento que me asalta en ese momento. Esos tres, jamás tuvieron juglares criollos que les cantaran. De Radowitzky quedan los recuerdos de esas coplas del auténtico pueblo:

"Simón, la fe no desmaya
y el pueblo sí que resiste
te ha de sacar, Radowitzky,
de las mazmorras de Ushuaia."

A treinta años de aquellas humillaciones

Osvaldo Bayer

Treinta años. Cómo nos humillaron hasta el hartazgo. Primero todas las zancadillas posibles para que sacáramos la bandera de rendición. Luego la desaparición. Treinta años que el film La Patagonia rebelde fue ninguneado no por la dictadura sino por una democracia. La democracia de Juan Domingo Perón. No va, porque el presidente no quería problemas con los militares. Después sí la permitirá para demostrarle a su comandante en jefe, el general Leandro Amaya, quién tenía la sartén por el mango. El estreno. La euforia del público que esperaba desde hacía meses la tan perseguida película. El fusilamiento de los obreros del campo patagónico en 1921-22 en manos del Ejército argentino enviado por el presidente radical Hipólito Yrigoyen (otra democracia). Las peonadas fueron cazadas como ratas y tiradas en tumbas masivas. Todo el mundo se calló la boca. Todos. Principalmente los radicales. Las únicas que corrieron a escobazos a los soldados fusiladores fueron las mujeres más humilladas, las prostitutas de San Julián. Les gritaron lo que eran: asesinos. Y los corrieron. Ese era el épico final del film, pero no pudo ser. El Ejército amenazó. Y cambiamos el final para que el film pudiera darse. Los militares argentinos dijeron que esas putas habían insultado al "uniforme de la patria".

Sí, porque eran mujeres valientes, llenas de coraje civil ante el crimen de tanto peón.

El film pudo darse por permiso de Perón el 14 de junio de 1974. Y, muerto Perón, desapareció de las pantallas del país por la actitud del zar de la censura, Tato, el verdugo de las imágenes. Funcionario del gobierno peronista de Isabel.

Al mismo tiempo el director, el productor, el autor del libro y los artistas del film aparecieron en las listas de las Tres A, condenados a muerte. Los nacionales y populares decían que el heredero de Perón iba a ser el pueblo. Y no, el único heredero fue López Rega, el siniestro asesino.

Sobrevino entonces para el film y sus autores el exilio y la persecución. Mi grito desesperado fue: ¿por qué tengo que abandonar el país? ¿Por haber escrito la historia de pobres gauchos fusilados por el Ejército medio siglo atrás en la lejana Patagonia? ¿Por qué? ¿Qué fuerzas había detrás? Todo había comenzado con la prohibición de mi primer libro, el Severino Di Giovanni, en un decreto del presidente Lastiri (yerno de López Rega). Su nombramiento por Perón había sido una burla a las instituciones democráticas y a todo el pueblo. Un inútil de oficio soplón. Y luego será Isabel la que prohíba los tres primeros tomos de La Patagonia rebelde y, en 1975, Los anarquistas expropiadores. Prohibidos y se acabó. Después, durante la dictadura, quemados por "Dios, Patria y Hogar", por un patán inservible de uniforme, el teniente coronel Gorleri, ascendido a general después por la democracia de Alfonsín.

El cine argentino se sometió. Mientras, el comodoro Carlos Exaquiel Bello (alias Pepitajo) prohibía mi guión Tiernas hojas de almendro, presentado al Instituto Nacional de Cinematografía con seudónimo. En esos mismos días, el señor comodoro de la Nación acompañaba con toda pompa

al Festival de Moscú al film de Mario Sabato El reino de las tinieblas sobre el libro de Ernesto Sabato. Una dictadura libre y democrática de la desaparición de personas.

En las pocas semanas en que pudo ser exhibida, La Patagonia rebelde fue vista por miles de espectadores. Los de la vieja generación se acuerdan muy bien. Y obtuvo el premio del Oso de Plata en el Festival de Cine de Berlín. Y luego, el exilio: melancolía, tristeza, injusticia, y la rabia ante la brutalidad de los uniformados de la Casa Rosada y sus acompañantes civiles, intelectuales y burócratas.

Casi diez años después, el film volvía a las pantallas argentinas. Diez años de desaparición por culpa de demócratas y tiranos. Un capítulo para comprender el porqué del uso de la fuerza y la censura en tiempos libres, y de la ignorancia y el palo policial en épocas de uniformados. Con La Patagonia rebelde se puede estudiar ese por qué del pisoteo de las letras del Himno, "Libertad, Libertad, Libertad", por orden de los mandamás de la Casa Rosada, tengan uniforme o no.

Pero, con el pasar del tiempo, la verdad surge cada vez más lozana. Cuando releo el decreto de Lastiri prohibiendo el Severino, o el de Isabel Perón, con Los anarquistas expropiadores, o el nombre de todos los que intervinieron para esconder al pueblo la matanza patagónica y veo mis libros en las librerías y el film La Patagonia rebelde que ahora va a ser recordado en funciones especiales, no puedo nada más que sonreír: la verdad se abre paso en las tinieblas, no se la puede matar para siempre. De Tato no se acuerda nadie, del comodoro Bello ("Pepitajo"), sí, se acuerdan los que fueron víctimas de su proceder inquisitorial y su bravata de oficina. De Lastiri e Isabel, ya está todo dicho, dos marionetas trágicas, dos insultos a todos aquellos que dieron sus vidas por más democracia.

Pero sí quedan en el recuerdo nuestro los que hicieron posibles que La Patagonia rebelde viera la luz. Voy a recordar a uno de ellos, el ex gobernador santacruceño Jorge Cepernic, quien nos facilitó toda la ayuda durante la filmación para que pudiéramos llegar al final. Cuando surgía un problema, allí estaba él para solucionarlo. La dictadura lo mantuvo preso ocho años. El director de la cárcel le confió una vez que esa prisión no era por su labor positiva de gobernador sino porque había ayudado a que La Patagonia rebelde fuera realidad.

Y fue realidad y es realidad. Varios de sus protagonistas no están más. Murieron jóvenes. No los podremos volver a ver en este encuentro próximo del Festival de Cine de Mar del Plata. Pero los veremos, sí, jóvenes y con talento en las escenas del film. Actuaron y de ellos quedará el recuerdo para siempre. Cuando los veamos de nuevo en pantalla los aplaudiremos con fuerza a pesar de que las lágrimas nos nublen la vista.

En la historia del cine argentino, los avatares de La Patagonia rebelde quedarán como un antecedente de persecución y gloria. Ese cine argentino que hoy está pleno de jóvenes realizadores y de algunos veteranos bien firmes.

Para mí es un episodio que me costó sinsabores y, con mi familia, ocho años de exilio. Pero ahí está ese testimonio del crimen más atroz de nuestra historia obrera cometido por el gobierno de un partido que siempre se calló

la boca. Allí está la verdad. Ninguna justicia pudo probar que allí se mentía o se exageraba. Es la auténtica verdad histórica, allí, en la lejana Santa Cruz están las tumbas masivas, ahora sí, marcadas por la Unión de Trabajadores Rurales y Estibadores, y el monumento a Facón Grande en Jaramillo, ese gaucho entrerriano mártir por los derechos del trabajador de campo del lejano Sur.

No quisiera dejar estos recuerdos de injusticias, pero de corajes y valentías, sin nombrar a aquellas mujeres tan humilladas, las prostitutas de San Julián, los únicos seres en toda la Argentina que llamaron asesinos a los militares fusiladores de los gauchos patagónicos. Lo diremos con la filiación policial tal cual aparecieron en los amarillos papeles del archivo: Consuelo García, 29 años, argentina, soltera, profesión: pupila del prostíbulo “La Catalana”; Angela Fortunato, 31 años, argentina, casada, pupila del prostíbulo; Amalia Rodríguez, 26 años, argentina, soltera, pupila del prostíbulo; María Juliache, española, soltera, siete años de residencia en el país, pupila del prostíbulo; y Maud Foster, inglesa, soltera, 31 años de edad, con diez años de residencia en el país, de buena familia, pupila del prostíbulo. Jamás ningún político de ningún color fue a poner una flor en las tumbas de los gauchos. Sólo hubo ese gesto de coraje de las mujeres del prostíbulo de San Julián.

Agnósticos y creyentes, proletarios y bacanes

Osvaldo Bayer

Texto publicado en el libro Fútbol Argentino, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

En las dos primeras décadas del siglo, en apenas una generación, el fútbol se había acriollado definitivamente, igual que los hijos de los inmigrantes europeos. En cada barrio nacían uno o dos clubes. Se los llamaba ahora Club Social y Deportivo, que en buen porteño significaba "milonga y fútbol".

Los anarquistas y socialistas estaban alarmados. En vez de ir a las asambleas o a los pic-nics ideológicos, los trabajadores concurrían a ver fútbol los domingos a la tarde y a bailar tango los sábados a la noche.

El diario anarquista La Protesta escribía en 1917 contra la "perniciosa idiotización a través del pateo reiterado de un objeto redondo". Comparaban, por sus efectos, al fútbol con la religión, sintetizando su crítica en el lema: "misa y pelota: la peor droga para los pueblos".

Pero pronto debieron actualizarse y ya en la fundación de clubes de barriadas populares aparecieron socialistas y anarquistas. Por ejemplo, el Club "Mártires de Chicago", en La Paternal, llamado así en homenaje a los obreros ahorcados en Estados Unidos por luchar en pos de la jornada de ocho horas de trabajo. Fue el núcleo que años después pasó a ser el club Argentino Juniors, un nombre menos comprometedor. También en el club "El Porvenir", como el nombre lo muestra, estuvo la mano de los utopistas. Y el mismo Chacarita Juniors nació en una biblioteca libertaria precisamente un primero de mayo, la fiesta de los trabajadores, en 1906.

Por último, los viejos luchadores -ante el entusiasmo de sus propios adherentes ideológicos frente al nuevo juego- resolvieron cambiar de actitud y llegar a una nueva conciencia: practicar el fútbol, sí, porque es un juego comunitario donde se ejercita la comunicación y el esfuerzo común; pero no el fútbol como espectáculo, que fanatiza irracionalmente a las masas.

El fútbol siguió creciendo. Los tablones de las tribunas se iban superponiendo para dar cabida a más espectadores. Pero así como los argentinos jugaban cada vez mejor en el verde, así comenzaba a complicarse la organización fuera de la cancha. Los dirigentes juegan sus propios partidos y empiezan los cismas, las sospechas de árbitros comprados; los intereses creados van ocupando el lugar de lo que poco antes había nacido como deporte por el deporte mismo. El fútbol se capitaliza. A los jugadores -amateurs hasta ese momento- se los retiene en los clubes por dinero, y los clubes que tienen dinero atraen a los mejores de los clubes pobres. Aparecen ya, a comienzo de los veinte, las categorías de clubes grandes y clubes chicos.

Pero, mezquindades aparte, el fútbol gana fronteras; primero hacia el interior, con los rosarinos, quienes quieren hacer en Rosario la capital del fútbol y juegan partidazos con los porteños. Luego, cruza el Río de la Plata y el duelo argentinos-uruguayos da origen a una rivalidad donde ya se habla de virilidad y debilidades, de "padres" e "hijos". Pero pese al antagonismo hay un término que los hermana y los hace inconfundibles: "fútbol rioplatense". Es la palabra mágica que evita la enemistad. Fútbol rioplatense: una manera distinta de jugar que va a dar que hablar al mundo.

En 1919 llega Boca. Primer puesto y una hinchada de oro que ya empieza a ser el jugador número 12. Nacía un mito y una realidad que tuvo su origen en un banco de la plaza Solís, del barrio genovés, cuatro años después que River. Sus modestos fundadores anduvieron de baldío en baldío, hasta lograr una canchita detrás de las carboneras Wilson, en la isla Demarchi. Desalojados de allí fueron a refugiarse a Wilde. Por último, luego de deambular de nuevo por la Boca fueron a parar, en 1923, a Brandsen y Del Crucero, el anticipo de la "bombonera". Azul y oro, la camiseta, y con los jugadores cuyos nombres pasan a ser historia: Tesorieri, Calomino, Canaveri y Garassino, quien jugó en los once puestos. 1920 une a los que serán eternos rivales. Campeones Boca y River, River y Boca. Uno de la Asociación; el otro de la Amateur. Los espectadores van a ver, más que a sus equipos, a sus ídolos.

Uno de ellos es Pedro Calomino, a quien los hinchas boquenses le gritan en dialecto xeneixe: "¡dáguele Calumín, dáguele!". Pero Calomino no se deja influenciar: se planta en la cancha, indiferente a las tribunas ansiosas de sus fantasías. Y cuando le pasan la redonda arranca por la punta, parece que frenara pero sigue dejando rivales que corren engañados para otro lado, cuando se caen. Y si un defensor se le pega, le hace "la bicicleta".

El otro ídolo es Américo Tesorieri: "Mérico", para la hinchada. Lo quieren ver saltar. Y Mérico les da el gusto: fino, flexible, plástico, es un elegante felino que complementa las curvas de la pelota con movimientos de ballet. Es un clásico, un arquero con música de Mozart.

Pero los riverplatenses también pueden presentar a su crack. Arquero, además. Es Carlos Isola, apodado "el hombre de goma" por su extraordinaria agilidad. Con increíble golpe de vista no ataja los goles, los adivina. Es más bien un artista de circo, trapecista y malabarista a la vez.

¿Quién de los dos, Tesorieri o Isola iban a representar a la Argentina en el Campeonato Sudamericano de 1921, en Buenos Aires?. Tesorieri, el de Boca, es el preferido. Y lo demuestra: el arco, invicto en todo el torneo. El final no podía ser de otro modo: Argentina y Uruguay. Y el gol de oro del uno a cero lo conseguirá Julio Libonatti, el rosarino. Un gol que enloquece a los 25.000 espectadores. Sí, 25.000 espectadores que consagran al fútbol como al espectáculo del pueblo.

Como no hay alambradas, el público invade la cancha en la pitada final, carga a sus hombros al héroe de Rosario y grita: "¡al Colón, al Colón!". Así es llevado el héroe desde el estadio de Sportivo Barracas hacia el centro. Pero a mitad de camino hay algunos a quienes el Colón les parece insuficiente y gritan: "¡A la Rosada, a Plaza de Mayo!". Y allá va la muchedumbre con el gladiador triunfante en hombros, a quien quieren consagrar César.

Pero Julio Libonatti no actuará ni de tenor ni en el escenario del Colón ni jamás traspasará el umbral de la Rosada. Lo comprarían los italianos para que juegue en el Torino. Así se iniciaba el éxodo de los mejores, un desangre colonial que todavía hoy -y más que nunca- sufre el fútbol criollo.

Huracán se llama el equipo que viene de un barrio proletario, Nueva Pompeya. La insignia es un globito, el globo de Jorge Newbery, el gentleman del aire que nunca volvió de su último viaje. El nuevo club se

fundó en la vereda, y se escribía Huracán sin H. Poco conocimiento de la gramática pero mucho de la gambeta. En 1921 y 1922 se coronaron campeones de la Asociación Argentina. Tenían un crack indiscutible: Guillermo Stábile. Lo llamaban "el filtrador" porque venía desde atrás, en el ataque, y estaba adelante siempre para definir cuando la pelota llegaba al área. Más tarde, Stábile sería uno de los primeros que ejercería una nueva profesión: la de entrenador de fútbol.

En esa delantera de Huracán campeón también se hallaba otro artillero: Cesáreo Onzari, el del famoso gol olímpico. Será en 1924. Los uruguayos habían consagrado al fútbol rioplatense como "el mejor del mundo" al salir campeones de las Olimpíadas de París. Cuando regresaron, los argentinos los desafiaron y vencieron a los campeones mundiales por 2 a 1, con gol desde el córner de Onzari. Pocos días antes, en Inglaterra, se habían aceptado los goles por tiro de esquina directo. Uno de los goles más hermosos: habría que cobrarlos dobles por la belleza de la curva que hace el balón.

En 1922 otro nombre se consagra. Viene de Avellaneda. Se llama con orgullo Independiente. El nombre libertario contiene mucha protesta. Lo eligieron los cadetes y empleados argentinos de una gran tienda inglesa que no les permitía integrar el equipo de la casa. El nombre que adoptan y el rojo de la camiseta los hace peligroso para algunos. El club nació de una mesa de café del centro, en Hipólito Yrigoyen y Perú. Pero un terreno barato los llevó a Avellaneda, muy cerca de Racing. Y empezó la rivalidad y la identificación con la barriada proletaria. En 1926, el equipo rojo hace realidad el sueño de todos los futbolistas y de los hinchas. ¡Campeones invictos!. ¡No perdieron ningún partido!. Vengaban así el recuerdo del primer match oficial de 1907, cuando perdieron 21 a 1 contra Atlanta.

En el cuadro invicto estaban figuras que fueron directamente al paraíso: aquellos cinco mosqueteros de la delantera: Canaveri, Lalín, Ravaschino, Seoane y Orsi. Nacen los diablos rojos. Sus diabluras en el área levantan las tribunas populares, que los sabe de su misma extracción barrial. El "negro" Seoane los deja parados a todos los adversarios, y "Mumo" Orsi es quien rompe los piolines de las vallas adversarias.

Hasta hay payadores criollos que le cantan al campeón:

Ha de gritar el que pueda
siguiendo nuestra corriente
hurras al Independiente
del pueblo de Avellaneda.

Pero los rojos no hacen olvidar al Boca de 1925, proclamado campeón de honor por la Asociación. Ese año ha jugado en Europa; la gira inolvidable. Los europeos querían ver el fútbol rioplatense que habían puesto de moda los uruguayos. Y Boca no defraudó: 19 partidos jugados, 15 ganados y sólo tres perdidos.

Aunque lo mejor del fútbol argentino anda de viaje por Europa, los hinchas no tienen de qué quejarse, principalmente los de la Academia, que poseen una pareja derecha que no sólo se engolosina con sus malabarismos sino que también mete goles: Natalio Perinetti y Pedro Ochoa. Aquel cantor

del Abasto, que ha llegado al centro, le dedica al lucido gambeteador Ochoa un tangazo: "Ochoíta, el crack de la afición".

1927 será el año de la unión del dividido fútbol y el triunfo del seleccionado argentino en el Sudamericano de Lima en toda la línea: 7 goles a Bolivia, 5 a Perú y tres nada menos que a Uruguay. Las puertas estaban así abiertas para ganar el Campeonato Olímpico de Amsterdam en 1928. Los argentinos se sentían fuertes y habían borrado sus complejos con los uruguayos. El seleccionado vuelve desde Lima en tren y el pueblo se concentra en Retiro. La alegría no tiene límites y el presidente Alvear olvida un poco los ademanes aristocráticos y se abraza con los Bidoglio, Recanatini, Carricaberry y Zumelzú, autores de la hazaña.

Pero ya los santos vienen marchando. Llevaban camiseta azul-grana y eran de Almagro. Campeones absolutos en la Asociación, unificada, donde ahora juegan todos contra todos. Nacieron como los "Forzosos de Almagro", atrás de la capilla de San Antonio, y pasaron a llamarse San Lorenzo, en homenaje al cura Lorenzo Massa, incansable alentador de los muchachos. Actualmente algunos hinchas menos devotos sostienen que el nombre del club se debe al combate de San Lorenzo.

De cualquier manera, agnósticos y creyentes olvidaban sus diferencias cuando los azulgranas meten un gol. Y todos están contestes en llamarlos "los santos", aunque los incorregibles enemigos de barrio cambien el calificativo por el de "los cuervos".

De "los santos" pasaron a ser "los gauchos de Boedo" y también "el ciclón" por aquella delantera que los llevó a la cumbre en el 27: Carricaberry, Acosta, Maglio, Sarrasqueta y Foresto.

Su rival de siempre, Huracán, le quitó el campeonato de 1928, pero al año siguiente el campeón vino de La Plata, de ahí "El expreso". Gimnasia y Esgrima. Origen de alcurnia. Caballeros de la alta sociedad platense que querían ejercitase en deportes viriles. Entre ellos encontramos a Olazábal, Perdriel, Alconada, Huergo, Uzal, Uriburu y un nombre para no olvidar; Ramón L. Falcón, el posterior jefe de policía, autor de la masacre de obreros de Plaza Lorea, el 1º de mayo de 1909.

Los señores juegan al fútbol con los marinos ingleses en el puerto próximo. Pero los años pasan y los apellidos ilustres son reemplazados por más populares y ya en las tribunas se mezclan los estudiantes platenses con los hombres emigrados de las pampas cercanas. El campeón alista a dos figuras que cumplirán una brillante trayectoria: el back Delovo y el delantero Francisco Varallo.

El fútbol y el cine se han convertido en las diversiones preferidas del porteño. Los cines se van abriendo en los barrios, y los clubes han salido definitivamente del potrero. Los tablones ya van siendo mal mirados por los clubes más ricos que van siendo tentados por el cemento. Independiente inaugura su estadio con capacidad para cien mil espectadores.

Pero no sólo al cine y al fútbol van los argentinos. En 1927, al igual que en todas las ciudades del mundo, el pueblo se vuelca a las calles para protestar por el asesinato de dos obreros; Sacco y Vanzetti, que son condenados a la silla eléctrica por la justicia norteamericana.

Algo ya huele a podrido

Osvaldo Bayer

La verdad llega. A veces hay que esperarla mucho, pero llega. Lo sabemos los argentinos que nos tenemos que mover en el reino de la mentira y la cobardía. En Alemania se acaban de conmemorar con solemnidad los cien años del nacimiento de Georg Elser, el gran atentador, el que quiso terminar para siempre con el régimen terrorista del nazismo de su país alemán. Para lo cual intentó matar a Hitler. El atentado fue cometido por Georg Elser solo. No logró su propósito por una mínima fracción de tiempo, ya que el feroz asesino público se había retirado trece minutos antes que el explosivo estallara en el Bürgerbräukeller, la cervecería de Munich donde los nazis celebraban sus aniversarios. Pero lo que se acaba de realizar en Bremen no se trató de un acto para lavar conciencias y quedar bien. No, fue un acto absolutamente oficial donde se analizó con toda seriedad la obligación de todo ciudadano libre de actuar contra los tiranos, de ofrecer su vida contra todos los que pisotean la Constitución de un país y sus derechos humanos. La ciudad de Bremen ha dedicado una semana de conferencias y discusiones acerca de si Georg Elser, el valiente libertario, hizo bien en tratar de eliminar al político asesino o no estaba en su derecho hacerlo. Y para que no quedaran dudas se llamó a la ex presidenta de la Corte Suprema de Alemania, Jutta Limbach, para analizar el tan discutido problema. Actualmente Jutta Limbach es presidenta del Instituto Goethe e Internaciones, justamente los organismos alemanes que se dedican al intercambio cultural con el exterior. Y Jutta Limbach justificó absolutamente el atentado de Georg Elser contra el bestial tirano. Lo trágico fue que apenas una casualidad salvó al genocida. Mientras el pueblo alemán aplaudía y levantaba el brazo para saludar al mamarracho disfrazado de nazi, Georg Elser, libertario, carpintero de oficio, preparaba con todo cuidado su atentado colocando la bomba justo donde el nazi racista iba a asentar su culo en el escenario. Se salvó la bestia. Elser pagó con su vida, fue asesinado por la SS. En las declaraciones ante la Gestapo, Elser se autocalificó de único autor y expresó por escrito que había cometido el acto porque “había entendido que las condiciones en Alemania sólo podían cambiar con la eliminación de sus gobernantes Hitler, Goering, Goebbels, para así “dar lugar a otros hombres que no se dedicaran a conquistar otros países sino que se esforzaran en mejorar el destino de la clase trabajadora”. Además, eliminar “a los jerarcas principales iba a impedir un derramamiento de sangre mayor”. Elser fue asesinado en el campo de concentración nazi de Dachau.

Pero la alta funcionaria de la Alemania actual no sólo recordó el heroísmo de Elser sino que justificó su acto desde el punto de vista de la ética y de las leyes fundamentales de la humanidad. No sólo Elser cumplió con su deber de ciudadano libre y democrático sino que así tendrían que haber reaccionado todos los ciudadanos defensores de la dignidad del ser humano. Si Elser en su atentado habría tenido éxito, se hubieran salvado los millones de inocentes que murieron en la guerra, en los campos de concentración y en los bombardeos y hubiera impedido la destrucción de ciudades enteras. (Por

ejemplo, ahora se saben las cifras definitivas de la batalla de Stalingrado: de los 350 mil jóvenes alemanes enviados a esa batalla sólo regresaron 6 mil, y murieron 600 mil soldados rusos.) Sólo esas cifras hacen de Georg Elser un héroe de la humanidad. Miremos el rostro de cada uno de esos soldados muertos, metámosnos en sus pensamientos e ilusiones. Fueron muertos por la irracionalidad de un sistema racista e imperialista. Georg Elser es un héroe emocionante. Así lo hizo saber la oradora. El teólogo Manfred Haushofer, uno de los que intervino en la preparación del atentado contra Hitler en julio de 1944 (es decir, cuando la guerra estaba perdida, no como Elser que lo hizo cuando ya se preveía que iba a comenzar) escribió en la prisión antes de ser ejecutado por los nazis: "Yo debí reconocer antes mi deber. Yo debíllamar con más fuerza a lo funesto, funesto. Demoré demasiado mi propia sentencia".

Por eso la Constitución alemana de 1968, basada en gran parte en las enseñanzas aprendidas en la lucha contra el nazismo, legaliza el Derecho a la resistencia que le corresponde a cada ciudadano. Dice textualmente: "Contra todos aquellos que intentan subvertir el orden democrático, los alemanes tienen el derecho a la resistencia" (Artículo 20).

Y esa resistencia no está limitada. Más todavía, el Estado de Bremen tiene en su Constitución el artículo del Derecho a la resistencia: "La resistencia es no sólo un derecho sino también un deber cuando los derechos humanos fijados en la Constitución son violados por el poder público". La resistencia, la bella palabra. Y en ese caso la resistencia no se reglamenta. Georg Elser, el obrero carpintero, previó la catástrofe y actuó, ofreciendo su vida. En cambio, el filósofo Heidegger, todo sabiduría, colaboró con el nazismo para no perder posiciones y seguridad.

Pero no nos vayamos de nuestras latitudes. Los argentinos acabamos de demostrar ante el mundo que nos gustan los tiranos asesinos. Este entierro del genocida Galtieri rodeado de uniformes y banda de Patricios nos dejó el desnudo. Ese Brinzoni, máxima figura representativa del Ejército con un discursito tonto, acomodaticio, pero profundamente ventajero, nos ha pintado a los argentinos de cuerpo entero. (El infinito Roberto Arlt hubiera calificado a nuestro general de la Nación como "un turrito".) Mientras tanto, nuestros políticos oficiales siempre calladitos la boca, mirando para otro lado. Al cobarde general desaparecedor Galtieri, honores argentinos. Los honores de general a la bestia que hizo desaparecer hasta un matrimonio de ciegos, le robó los juguetes al hijito y le regaló la casa a la Gendarmería, para que los gendarmes, después de apalear obreros, vayan a festejar sus cumpleaños. Ese fue Galtieri. El asesino de 650 soldados argentinos, que se rindió en su escritorio.

Nosotros, los argentinos, tuvimos dos Georg Elser. Se llamaron Simón Radowitzky y Kurt Wilckens. Hicieron justicia con su propia mano por el derecho de matar al tirano. Radowitzky hará saltar por el aire al jefe de policía Ramón Falcón, coronel y policía, quien había cometido una cobarde matanza de obreros que pedían las ocho horas de trabajo. Fue un hecho de absoluta cobardía. Quedar la sangre obrera regando la plaza Lorea. Y el coronel Falcón, satisfecho; y los políticos argentinos, satisfechos. Después de su justa muerte, Falcón pasó a llamarse una de las calles más extensas de

Buenos Aires y nada menos que la escuela de cadetes de policía. Así salen. La sociedad argentina siguió reptando frente a la figura del coronel policía. Ningún gobierno, ni radical ni peronista, puso la verdad en la calle y reprobó la matanza obrera. No, ni siquiera se pidió al pueblo disculpas por la cobarde matanza por pedir lo más justo: las sagradas ocho horas de trabajo. Y el alemán Wilckens hará justicia y dará el condigno castigo al fusilador de gauchos patagónicos, peones de campo, teniente coronel Varela. Lo enfrentó cara a cara. No le leyó un discursito a lo Brinzoni sino que lo despachó con toda precisión al infierno. Hoy está el teniente coronel Varela en el Panteón Militar junto a su compinche Galtieri. El olor a podrido que invade dicho panteón amenaza ya con llegar a la Casa Rosada, pasando por la Corte Suprema.

Los argentinos jamás repudiaron las matanzas de obreros. No se recuerda a los obreros que dieron su vida por las ocho horas, dignidad y derecho, sino a sus militares verdugos.

En el acto en honor del atentador Georg Elsner se tocó la Sinfonía Nº 4 de Bruckner: música de la tierra, de la valentía a toda prueba, del sacrificio por la dignidad. A Galtieri le tocamos marchitas militares en la ya degradada banda del Regimiento Patricios.

Los argentinos tenemos el derecho de usar la resistencia por nuestra dignidad y respeto a los nuestros; pensemos en nuestros niños. Exijamosque se terminen estas Fuerzas Armadas del crimen y el robo. Exijamos que esos militares se eduquen en nuevos institutos democráticos; acabemos con la guarida de los desaparecedores. Luchemos por acabar con el cáncer que nos viene devorando desde cuando aquel genocida Roca cometió la matanza de los habitantes del sur y recibió en premio 15 mil hectáreas de campos como botín de guerra. Esa campaña contra el habitante natural del sur fue financiada por un Martínez de Hoz, nombre de la vergüenza en nuestra historia.

Resistencia para la dignidad democrática. O si no, seamos honestos, roguemos que al ministro de Defensa Ja-Jaunarena se le otorgue un uniforme obligatorio de cabo primero para que siga representándonos en nuestra eterna cobardía.

El culto por los asesinos

Osvaldo Bayer

El culto de la Argentina oficial por los asesinos de rango es una constante. Al general Lavalle asesino de Dorrego -un mártir de la incipiente democracia- se lo premió dándole su nombre a una de las principales calles céntricas y un monumento justo frente al Palacio de la Justicia (un símbolo de esta Argentina mágico-realista) mientras que a la víctima se la mandó a los extramuros de Palermo de aquellos tiempos dándole su nombre a un callejón de tierra. El general fusilador pasó a ser un personaje romántico para la literatura, hablándose de su tristeza y la mala suerte de su destino. Sospechosamente muy poco tiempo después de los fusilamientos de junio de 1956 bajo Aramburu recomenzó el culto por el fusilador de Dorrego. Hasta se hizo una balada con acompañamiento de guitarra que cantaba al "romántico" y triste fusilador.

Al general Aramburu, por ejemplo, se le ha erigido un monumento y todos los aniversarios de su asesinato concurren representantes oficiales del gobierno de turno a hacer el consabido minuto de silencio (en vez de gritar la verdad de los asesinos de junio) y calles importantes llevan su nombre en varias ciudades. En vez del nombre de las víctimas, para que nos sirva de advertencia en el futuro, premiamos a los victimarios.

Pero, tal vez, la actitud más perversa de ponerse de rodillas ante los tiranos fue la decisión de bautizar con el nombre del militar José Félix Uriburu al puente que cruza el Riachuelo. El fascista uniformado que aprovechó las armas para derrocar al presidente constitucional Hipólito Yrigoyen, quebrando así el orden constitucional nacido en 1916 tiene ahí su monumento. El déspota barato y brutal ordenó fusilamientos, cárcel y fue el que oficializó la tortura con la picana eléctrica de Lugones hijo, padre legítimo de los Patti y Bussi actuales.

Para vergüenza de todos nosotros, los miles que atraviesan día tras día el Riachuelo tienen que sufrir la ignominia de leer el nombre de quien ejerció la fuerza bruta contra la dignidad y la libertad. En mis manos tengo un folleto, amarillento ya, desde cuya tapa me mira un muchacho sonriente, con cara de campesino español, Joaquín Penina, el primer fusilado "por la barbarie uriburista", como está en la tapa de este cuadernillo editado por el Comité Pro Presos y Deportados de Rosario, en julio de 1932.

¿Quién era Joaquín Penina? Un albañil de 26 años, que vendía libros después del trabajo. Libros libertarios. Pero dejemos hablar al folleto: "Penina tenía alma de apóstol. Fue un profundo rebelde. Vivió de cerca la injusticia social, amó el alma proletaria más que la suya propia. Como quien se libra de un pesado lastre, desposeyó su espíritu de todo egoísmo. La solidaridad fue en él un hecho profundo y vivido. En cada violencia ajena templaba su carácter. Así se hizo rebelde. Su rebeldía sin ruidos, sin gestos vacíos, pero de gran firmeza, se asentó en el dolor de muchos años tristes y dentro de su cerebro inquieto sólo vivió un deseo continuo: sembrar ideas. La dictadura lo sorprendió sembrando, para abrirle surcos de fuego en su carne y en su alma. Frente a la boca de sus pistolas, su rostro, sonriente

siempre, enamorado de la vida a pesar de todas las injusticias, no pudo traducir rencor sino lástima hacia los criminales de la patria".

Joaquín Penina fue acusado de imprimir volantes contra Uriburu y de repartirlo. Lo que no hicieron los radicales que dejaron caer su gobierno ante un general que llegó a la Rosada con una decena de cadetes militares, lo hizo un obrero libertario. Militares y policías asaltaron la humilde habitación del albañil, lo arrastraron a la comisaría y a la noche lo fusilaron. Los autores del crimen tan vil fueron el teniente coronel Rodolfo Lebrero, el mayor Carlos Ricchieri (otro militar del mismo apellido, el general Ovidio Ricchieri sería uno de los más feroces representantes del sistema de desaparición de personas a partir de 1976); el capitán Luis Sarmiento y los policías Félix de la Fuente, Marcelino Calambé y Angel Benavídez. Los militares y policías que allanaron la pieza del obrero Penina se llevaron como botín 600 pesos, que éste había ahorrado para pagar el pasaje de sus padres desde España. La misma práctica aberrante de los "muchachos" de Videla y Massera.

El jefe del pelotón de fusilamientos fue el subteniente Jorge Rodríguez, quien dos años después del crimen denunciará -como Scilingo sesenta años más tarde- los detalles del crimen y mostrará su arrepentimiento público haciendo la denuncia que recogieron los diarios. Señaló el subteniente que a él le tocó el fusilamiento por estar de oficial de guardia en la noche del 10 de septiembre de 1930. Se le aproximó el capitán Sarmiento para decirle que debía ejecutar "a un individuo". Al pedirle aclaración de quién se trataba respondió "es un anarquista que fue sorprendido mientras imprimía panfletos incitando al pueblo y a la tropa contra las autoridades que rigen el país".

El detenido fue llevado en un camión celular hasta las barrancas del Saladillo. El pelotón estaba integrado por el subteniente Rodríguez y tres soldados, no con armas reglamentarias, sino con pistolas Colt. El subteniente Rodríguez describió así los últimos momento de Penina: "Fue bajado del camión y sintió el ruido de las cargas de las pistolas. Entonces yo, que lo tenía a un paso, lo vi abrir los ojos en mirada de asombro y rápidamente comprender. Dio un medio paso atrás y le vi morderse el labio inferior como si prefiriera sentir el dolor de su carne más no el temor. Yo iba detrás. Desde que lo había visto bajar, en mi frente y en mis ojos sentía que se había posado un velo de extrañeza y de irrealidad. No quise prolongar la valiente agonía de ese hombre. Ordené: ¡Apunten! Entonces el reo giró la cabeza hacia la izquierda y mirando con odio al grupo que presenciaba, gritó: "-¡Viva la anarquía! -su voz era templada, yo no ví temor.

"¡Fuego! -ordené, sin ver ya nada. Tres tiros"

Después de describir cómo le dio en la cabeza él mismo con el tiro de gracia, agregó el subteniente: "Todos nos acercamos hasta donde estaba el cadáver y alguien dijo: 'Fue un valiente hasta el último momento'. Vestía pobremente: zapatos de caña; pantalón, no sé si de fantasía o marrón oscuro. Un saco también oscuro. Era rubio y de pequeña estatura. Representaba unos 25 o 26 años. De sus bolsillos se sacaron dos o tres galletas marineras muy duras y en parte comidas, y un giro de cinco pesetas para un hermano de Barcelona. El giro no llegó a mis manos ni sé tampoco quién se lo llevó".

Zaherido, humillado, robado, fusilado. Somos todos asesinos. Los argentinos somos derechos y humanos. Votamos en forma directa y secreta por Bussi y Patti. Después nos indignamos contra el estudiante Ahumada que pateó a su profesora. Cuando no es más que un aprendiz de Patti y Bussi y la sociedad que le damos nosotros.

Un grupo de amigos pedirá al Concejo Deliberante que cambie el nombre del tirano asesino por el de su primera víctima: el obrero Joaquín Penina en el puente que une la capital con Valentín Alsina. Sería un principio para poder mirarnos en el espejo.

Bonn, 17 de Marzo del 2001.

El ejemplo de Sophie Scholl

Osvaldo Bayer

En esta época, en que la tendencia general es llevarnos la superficialidad y a un pérfido ocurren hechos que nos hacen exclamar: no es así, no todo está venido, hay seres humanos que comienzan a marchar en dirección contraria o dejan pasar la corriente y construyen su propio mundo. ¿Quién no se quedó sorprendido, increíblemente sorprendido en Alemania, cuando se publico el resultado de la encuesta de la revista femenina para modas y temas generales del mundo del espectáculo más vendida en este país? La encuesta pedía a sus lectoras votar por la mujer más importante del siglo que acaba de finalizar. Y, oh sorpresa, no triunfó ni la madre Teresa ni Lady Di ni Madonna, como esperaban todos, sino una joven mujer llamada Sophie Scholl. ¿Quién?, se habrán preguntado los poco informados. Sí, Sophie Scholl, aquella joven de veintidós años, estudiante universitaria de Medicina que en plena guerra, en 1943, en la ciudad de Munich, arrojó volantes contra la guerra en el propio patio de la universidad exigiendo de inmediato la paz, Sophie Scholl, esa hermosa joven, se dijo, en plena matanza mundial, alguien tiene que empezar, no todos debemos quedarnos con la boca abierta aguantando crímenes nazis y la muerte enfrente de toda la juventud. La mala suerte de Sophie fue que el portero de la casa de estudios la observó y la denunció. Se ordenó juicio y este ángel salvador sin alas pero de hermosísimo rostro fue condenada a muerte y decapitada 48 horas después. Uno no puede imaginarse escena de más horror. Su inteligente cabeza rodó por el suelo. Mientras las clases en la universidad siguieron dándose y todo el mundo no vio ni oyó ni movió la lengua en la protesta.

Los volantes arrojados contenían un mensaje pleno de coraje civil: " Compañeras, compañeros: nuestro pueblo esta estremecido por la muerte de nuestros soldados en Stalingrado. Trescientos treinta mil jóvenes ha arrojado a la muerte y la perdición un dictadorzuelo, sin sentido e irresponsable. ¿Queremos acaso dejar en manos de un grupo inmoral de un partido, en sus bajos instintos, al resto de nuestra juventud? ¡Nunca más! Ha llegado el día de la rendición de cuentas ante nuestra juventud de la mas infame tiranía que ha sufrido nuestro pueblo. En nombre de la juventud alemana exigimos del Estado de Adolfo Hitler la libertad personal, el bien más costoso, en la que el nos mintió de la forma más baja". Y en su ultima frase dirá: " El nombre de Alemania queda manchado para siempre si la juventud alemana no se levanta, no destruye a sus tiranos y no levanta una nueva Europa del espíritu. Estudiantas, estudiantes: nos esta mirando el genero humano. Marquemos el camino hacia el Honor y la Libertad".

Al grupo libertario de Sophie pertenecía también a su hermano, Hans, y los estudiantes Willy Graf, Alexander Schmorell y Chistoph Probst - todos los cuales murieron guillotinados- y llevaba el hermoso nombre de "La rosa blanca".

Se conserva un curioso documento escrito por el policía que interrogó a Sophie Scholl, cuando fue detenida. Ese funcionario de la Gestapo se llamaba Robert Mohr. Dice textualmente: " Lo que ocurrió nunca me había sucedido en 26 años de servicio. Sophie Scholl se esmeró en cargar toda la

culpa sobre sus hombros y así salvar a su hermano. Ambos, tanto Sophie como Hans, eran conscientes de las consecuencias que tendría su accionar y a pesar de todo guardaron una actitud hasta el final que puede calificarse de única". Hasta el miembro de la Gestapo quedó sorprendido por la decisión y valentía de los jóvenes.

Un detalle: Sophie y su hermano no fueron torturados antes de recibir la muerte, despiadada ya de por sí. Nos hace pensar esto en que los chicos adolescentes de la Noche de los Lápices, de La Plata, fueron humillados hasta el hartazgo antes de "desaparecer". Por obra y gracia de generales argentinos católicos como Camps. Los verdugos de Munich eran bestias, pero los nuestros llegaban hasta el borde de la más corrupta de las cobardías en la tortura de detenidos.

Después de enterarme de que Sophie Scholl había sido elegida como la mujer del siglo leía las declaraciones del general argentino Balza sobre el mal proceder de sus compañeros de uniforme durante la época de desaparición de personas. Dijo "sentí vergüenza ajena por los miembros del ejercito, por los actos aberrantes que se cometieron durante el terrorismo de Estado". Y a la sustracción de menores que realizaron los hombres de ese mismo ejército, la marina de guerra, la aeronáutica y la policía la calificó de "monstruosa". Muy bien, lo que los organismos de derechos humanos cuando Balza estaba en el servicio, él lo confirma ahora. Pero la pregunta que cabe es: ¿qué hizo contra esos crímenes que se cometían al lado de él? Nada, fue avanzado sin perder un solo años de ascensos, hasta que llegó a general y a jefe de Estado Mayor, el cargo máximo. ¿Qué pasó en todos esos años: miró al costado, no oyó ni siquiera ningún comentario, no vio nada, no percibió nada? Se callo la boca. Todos los crímenes que cometieron sus colegas fueron posibles por que los hombres uniformados como Balza se callaron la boca. Permitieron con su silencio que se torturara en los mismos cuarteles y que los desaparecidos desaparezcan. Y ahora, como los cardenales, piden disculpas, muchos años después. Un accionar que siempre da ganancias personales. Los crímenes se realizaron en medio del silencio de la cofradía tanto militar como eclesiástica, salvo muy contadas excepciones.

Dos seres: Sophie Scholl, que con sus veintidós años arroja volantes contra la tragedia y se juega por entero. Y en general como Pilatos se lavó las manos durante toda su carrera y ahora comienza a hablar, ya retirado y en época distinta. Dos próceres. Lo bueno para el ser humano es saber que si bien hay gente como Camps, asesinos natos; y gente como Balza, que bien se balancea para quedar siempre bien acomodada, existen mártires bellos que hacen los que deberíamos hacer todos, Sophie.

¿Por qué no reaccionó Balza ante ese saber de los "actos aberrantes del terrorismo de Estado" (son sus palabras) cuando era jefe máximo y no se dedicó a descubrir hasta el último de los criminales? No, todo se deslizó y se fue cubriendo con viveza: se hicieron autocríticas suaves, poco a poco, para que los que pedían justicia se fueran conformando. Después de sus palabras el general Balza tiene la obligación ética de decir todo lo que vio y sabe, quienes fueron los grandes criminales y los que ayudaron a los crímenes; sabe todo, porque estuvo 10 años al frente del ejército, tiempo suficiente para llegar a saber dónde está hasta el ultimo desaparecido. Tiene el deber

de ofrecerse a la Justicia y decir todo lo que vio, oyó y calló. Si hace eso cumplirá con su deber de ser humano íntegro, pero jamas podrá explicar su silencio en los años del oprobio y cuando tuvo mando superior.

En los que sí vamos a creer toda la vida es en los seres de coraje civil de una Sophie Scholl. Cuando estuvimos en la Universidad de Munich no pudimos dejar de llorar pensando en su hermosa cabeza caída en el suelo, plena de ideas, de belleza, de sueños, de valentía, una verdadera madre de la vida. A casi sesenta años de su sacrificio, la vemos muchas veces en los amaneceres, venir por los caminos, acomodándose sus cabellos sueltos caídos como la lluvia temprana sobre esa frente llena de nobleza y de suprema bondad.

La Semana Trágica

Osvaldo Bayer

La íntima alegría: no hay olvido para aquellos hechos donde se trató de apagar el Derecho a balazo limpio en vez de aplicar los argumentos de la razón. La Semana Trágica de enero del ’19. Otro aniversario más, sí, cuántos años. Cuántos muertos por lo justo. No vamos a discutir ahora si fueron mil o seiscientos los obreros muertos. Lo triste, lo trágico es que se tergiversó todo, se hizo valer como siempre o, como casi siempre, la historia oficial. No eran ni “perturbadores extranjeros” ni “rusos” ni “terroristas” como los medios oficiales y del poder trataron de disfrazar el crimen. Eran obreros que querían tener los derechos de la dignidad y de la vida: las sagradas ocho horas de trabajo. Los panaderos y los yeseros ya habían conseguido –por su lucha– las ocho horas en 1898, los metalúrgicos, en 1919, todavía trabajaban nueve horas por día. Por eso la huelga y por el lugar de trabajo para los despedidos. Dignidad y Justicia. La respuesta del poder fue bala y más bala. Con los uniformados de siempre. Esta vez ya con la ayuda de los muchachos del barrio Norte, las guardias blancas, la llamada después “Liga Patriótica Argentina”. Salieron a matar “anarquistas, rusos, judíos y enemigos de la Patria”. Las calles de Buenos Aires quedaron teñidas de sangre obrera.

Pero el mismo gobierno represor tuvo que reconocer la injusticia y días después se les dio a los obreros lo que pedían. ¿Por qué entonces tanta violencia desde el poder? ¿Por qué además de los muertos, los 1500 obreros presos? La firma del ministro del Interior en las cláusulas de la solución del conflicto deja en claro que la razón estaba del lado obrero. Eso sí, esa razón se había pagado con sangre de los explotados. Pero luego de la matanza pasó a ser un tema del cual no se habla. Cuando muchos años después tratamos de que los terrenos donde había comenzado el drama –los de los establecimientos Vasena, que habían sido demolidos– pasaran a llamarse “Parque Mártires de la Semana Trágica”, justamente el dirigente Augusto Vandor se opuso y propuso llamarla “Plaza Martín Fierro”. Nombre que hoy lleva. Claro, del pasado no se habla porque estaban involucrados Yrigoyen, los radicales, el ejército y personajes de la “guardia blanca” que luego pasaron a ser próceres: Manuel Carlés, el Perito Moreno, el cura Miguel D’Andrea e, infaltable, el estanciero Martínez de Hoz, hijo de aquel presidente de la Sociedad Rural que recibió de Roca 2.500.000 hectáreas de la tierra donde vivían antes los pampas y los ranqueles, bisabuelo del murciélago que luego fue ministro de Economía de la dictadura de la desaparición de personas. Toda una estirpe familiar heredera del autollamado “liberalismo positivista” del roquismo.

Bien, esta semana se recordó a los obreros mártires de las ocho horas de trabajo. Entre las organizaciones que propiciaron el acto estaban la Federación Libertaria Argentina, la FORA –la más antigua de las organizaciones obreras– y la Biblioteca José Ingenieros. El culto de la utopía a través de la dignidad.

Los Sacco y Vanzetti argentinos

Osvaldo Bayer

La justicia tiene ya media sanción. Casi avergonzado por haber esperado tanto, Diputados votó hace pocos días la reivindicación de los presos de Bragado. Sesenta años después. Una vergüenza argentina, un relicto de una década infame. Esa década que ahora, algunos aprovechados foliculários situacionistas tratan de hacer aparecer con rostro benéfico. Los presos de Bragado: una afrenta a la sociedad argentina. Los representantes del pueblo que tan ligeros de conciencia votaron sin problemas la obediencia debida y el punto final para secuestradores, torturadores y asesinos de uniforme, anduvieron con mil remilgos durante décadas para decir la verdad, en el crimen que cometió el estado y sus representantes contra un trabajador ferroviario y dos obreros ladrilleros.

“Libertad a Vuotto, Mainini y DeDiago”, fue el grito que, como una llamada, se extendió por toda la tierra argentina. Se los acusaba de haber enviado una bomba en una encomienda a la casa del caudillo conservador José M. Blanch, en agosto de 1931. Época de policías bravas, en la que era dueño y señor el caudillo regional. En el atentado mueren la cuñada y la hijita del caudillo. En un primer momento se detiene a dos punteros del comité radical, Melchor Durán y Juan Perutti. Este último trata de suicidarse en la celda con restos de botella. Pero Germán Parisi, comisario radical dejado cesante, famoso apaleador de obreros en la huelga de papeleros de 1930, en vía un anónimo acusando a los anarquistas del atentado. Luego se comprobará que el anónimo es de Parisi, en una prueba caligráfica. La policía conservadora toma como cierto mensaje, libera a los radicales –que desaparecen de inmediato de la escena- y se sale a la caza de anarquistas en la zona.

Son detenidos entre otros, Umberto Correale, José Damonte, Angel Santamaría, Reclús de Diago, Santiago Manini, Pascual Vuotto, Gonzalo Camerón y Juan Rossini. Todos libertarios que hacían propaganda con volantes y mitines contra la dictadura militar. El propio comisario de la zona, Enrique Williman, conservador de pura cepa, es el juez instructor. Los vejámenes que debieron soportar los presos superan toda imaginación. Valía piedra libre. No eran nada más que obreros y, por añadidura, luchaban por reivindicaciones sociales. Los argumentos la justicia liberal-conservadora era el rebencazo, la patada, las trompadas, las astillas debajo de las uñas y la recién inventada picana eléctrica. Aunque en ese muladar uniformado se levantó una voz: la del médico de policía Francisco Macaya, quien denunció a la Justicia los apremios ilegales y las torturas a los detenidos. Pero el juez Días Cisneros no se dignó a considerar la denuncia. Más bien se dejó llevar por el pedido del fiscal Juan Carlos Augé que en su alegato dijo cosas como estas: “Es menester evitar,

señor Juez, que el espíritu generoso y tolerante del pueblo argentino, traducido en la liberalidad de sus leyes e instituciones sea arrollado por el anarquismo o acratismo, que es un mal universal de nuestros tiempos, que es el residuo, que es el miasma de la alta cultura a que se ha llegado en nuestro

siglo de la aviación y de la comunicación inalámbrica". Para describir una época a veces basta releer sus documentos judiciales.

Vuotto, Mainini y De Diago", fueron condenados a prisión perpetua. Y allí comenzó la gran campaña que estremeció a la república. "Libertad a Vuotto, Mainini y De Diago", fue el lema más gritado por las gargantas argentinas en la década del treinta. Transparentes cruzaban las calles de las ciudades y pueblitos. Pascual Vuotto hizo de su celda una trinchera. Demostró su inocencia y la de sus compañeros de infortunio en mil y un artículos, cartas, protestas. Así se originó el periódico Justicia que se vendía hasta en el último rincón del país. En nuestras latitudes Vuotto, Mainini y De Diago eran los Sacco y Vanzetti argentinos, los Dreyfus condenados por la Justicia corrupta. La militancia de los de abajo, los pesitos de los laburantes hicieron posible la más grande campaña de solidaridad jamás vivida por el pueblo argentino. Pero los tres libertarios no querían perdón ni indulto no obediencia debida ni punto final. Exigían un juicio limpio con todas las garantías. El régimen no podía prestarse a eso, hubieran quedado al descubierto todas sus lacras. El propio caudillo Blanch, la víctima, sabía que los tres obreros eran inocentes, pero guardó un silencio cómplice. Era dueño de una casa de juego y de caballos de carrera. Le convenía callarse la boca. Murió de sífilis y diabetes en 1939. El fiscal Augé declarará tardíamente, en 1955, que "siempre he estado convencido de la inocencia de Vuotto, Mainini y De Diago". Pero antes también se había callado la boca.

Fue gente de abajo la que arranco de la cárcel a los tres libertarios. Once años después. En 1942 el gobernador Rodolfo Moreno conmuta la pena de los tres presos. Pascual Vuotto no se conformó, siguió exigiendo justicia. Pero todos los gobiernos se hicieron los sordos. El mal juez Días Cisneros fue posteriormente un alto funcionario de Aramburu-Rojas y todo se mantuvo en silencio. Cuando el gobernador de Massachusetts, en junio de 1977, dictó una proclama reivindicando la memoria de Sacco y Vanzetti, había llegado el momento. Pero en la Argentina de entonces se repetía en forma superlativa la Justicia de la década del treinta. Recién ahora, el proyecto reivindicativo de Estévez Boero está sembrando la luz y el desagravio. Ahora falta la sanción del Senado. Reclus de Diago y Santiago Mainini han muerto ya. Pero Pascual Vuotto, con sus 88 años, sigue reclamando justicia. Todos los argentinos tenemos que ir a pedirle perdón.

Historias Argentinas

Osvaldo Bayer

Justamente hace 20 años, en Enero de 1974, iniciábamos en la Patagonia una experiencia que iba a cambiaron el destino de algunos protagonistas y que iba a dejar al desnudo la poca vocación democrática de gobernantes y opositores. Hace 20 años a esta altura del calendario, un grupo de hombres y mujeres filmábamos *La Patagonia rebelde* en el paisaje santacruceño. No vamos a hablar de aquella filmación por que daría para un film dentro del film. Pero sí de los gestos. Y uno de esos gestos fue el que tuvo el gobernador santacruceño de aquel entonces, don Jorge Cepernic, quien sin preguntarnos nada, ni siquiera pedir previamente el guión, nos abrió la provincia y su mano generosa. Ese hombre de la tierra, ese auténtico territoriano pasaría luego 8 largos años de prisión durante la dictadura militar, por orden del general Harguindeguy, aquel ministro del Interior, eje de represión. (A ese mismo general lo vi a fines de los ochenta pedorreandose de gusto ante las cotizaciones de la Bolsa de la calle San Martín, indemne, rozagante, intocado por la sombra de los crímenes, mientras la sociedad domesticada por los Alfonsines y los Menem pasaba a su lado silenciosa y cómplice).

La filmación comenzó con amenazantes nubarrones en el cielo de la República. Gobernaba Perón y en ese mes de Enero había ya intervenido las provincias de Buenos Aires y Córdoba eliminando de cuajo toda posibilidad de "patria socialista". Nosotros, allá en el Sur, seguíamos trabajando en silencio, pero los teros de la alcahuetería parda comenzaron a lanzar chillidos. Como no podía ser de otra manera, fue *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca, la mejor alumna en este oficio, que señalaba en un artículo, firmado por "un vecino" (fíjese, que valentía) entre otras galanterías los siguiente: *" No sigamos especulando con estos espectáculos o promocionando todo lo más ruin de nuestra Argentina: que si bien eso puede atraer a cierto público o despertar el interés de los sin patria, magro favor nos está haciendo justamente ahora en que todos estamos empeñados a evitar la lucha entre humanos"*. E inmediatamente le siguió *El Caudillo*, el órgano de "los muchachos" de López Rega, que inventó todo un plan de la izquierda para apoderarse de la Patagonia y, precisamente, la punta de lanza era la filmación de *La Patagonia rebelde*. Según *El Caudillo*, la filmación era el primer paso del "Plan Sombra" y advertía que "*Todo estaría dispuesto. Hasta la recopilación de los últimos datos, a cargo de algunos activistas que participarían en el equipo de filmación de* La Patagonia rebelde, *rodada en ese medio y encuadrada en la creación del 'clima revolucionario' propicio para las acciones posteriores"*.

En la filmación se sabía que todo era una carrera contra reloj. Que cada día que pasaba la situación política se iba enrareciendo cada vez más y ganaba terreno el peronismo ultraderechista y los militares. En apenas 10 semanas se terminó la filmación y entró en laboratorio. Se fijó el estreno para el 2 de Abril. Pero al mandar la copia al Ente de Calificación Cinematográfica, es decir, la censura, ésta recurrió a una treta, no la calificó. Y sin calificación no había exhibición. El representante del ministerio de

Defensa ante el Ente, el coronel cuyo nombre se llevó el viento y que solo sabía decir "sí" o "no", y esta vez dijo "no".

Pero la cosa no era tan fácil. Olivera y Ayala - el director y el productor- habían cumplido con todas las exigencias legales. Antes de la filmación habían presentado el guión ante el Ente, y éste- en la figura del interventor Octavio Gettino- lo había aprobado de inmediato. Ese guión había pasado luego al Instituto Nacional de Cinematografía, cuyo titular era Mario Soficci, quien lo calificó de "interés especial". Es decir, jurídicamente, se habían cumplido todas las normas de manera que ahora no se podía prohibir. Todo quedó en impasse. Los militares comenzaron a mover sus piezas. *Prensa confidencial*, el órgano inoficial de los servicios de informaciónes, publicaba amenazador: *" La película habría sido proyectada en privado ante un grupo de oficiales del arma vinculados a las centrales de inteligencia, quienes habrían elevado a sus superiores un uniforme manifestado en numerosas escenas lesionan el prestigio de la institución. Asimismo el documento consignaría el trabajo que viene desarrollando el guionista, quien también es autor de la obra apologética del anarquista Severino Di Giovanni".* (¡Horror! ¡Qué pecado!) Por último, proseguía en el estilo típicamente militar burocrático: *"Por la vía correspondiente, las jerarquías del arma habrían expuesto la inquietud y existiría la posibilidad de que la exhibición de* La Patagonia rebelde *sea prohibida definitivamente en todo el territorio nacional, a menos que en ella se operen correcciones de fondo".*

Pero no todo iba a ser tan fácil. La sociedad no había sido definitivamente derrotada. La reacción de los gremios del cine fue unánime: actores, productores, técnicos y todas las asociaciones afines se movilizaron, y jugaron un papel muy importante los cronistas cinematográficos que día a día publicaban crónicas acerca de que pasaba en el Ente no cumplía con los plazos y no calificaba el film. Hasta que el asunto llegó al Parlamento. Nuestras grandes esperanzas serían frustradas. La actitud valiente de un diputado tucumano, Cárdenas, llevó a plantear el tema sobre tablas. Habló claro y preciso. Señaló que el pueblo estaba ya maduro para debatir su propia historia y que había que acabar con las mordazas. Cárdenas pertenecía a un pequeño partido federalista provincial. Ahora había que escuchar a los dos grandes partidos. El radical Rosas salió más o menos del paso haciendo una arenga en honor a Yrigoyen y al Ejército Argentino pero acotó que los radicales estaban en contra de la prohibición de la film. Busacca (democristiano en la bancada peronista) calificó a los peones huelguistas como "*elementos que nada tenían que ver con el movimiento sindical , que se había injertado y que eran exclusivamente rojos de trapo, que no obedecían a las tendencias sindicales que podrían modificar las tendencias sociales".* Pero también se mostró contrario a la prohibición del film. Entró entonces el desconcierto, las bancadas no sabían qué hacer. La situación la salvo Calabrese (Frondicista en la bancada peronista)que sugirió que antes de resolver nada había que ver primero la película. Esto fue aprobado por unanimidad y causó el gran alivio de los representantes del pueblo.

Se dio el film para políticos y legisladores en el viejo cine Callao, frente a El Molino, Olivera, Ayala y yo nos pusimos a la salida cuando terminaba el film. La desazón fue tremenda. Después de verla, diputados y políticos - salvo raras excepciones- pasaron como relámpagos frente a nosotros mirando para otro lado para no comprometerse. Algunos de ellos, muertos después, fueron enterrados con ampulosos discursos donde se llamaba "campeones de la democracia", "maestro", "sabía mirar al futuro", etcétera.

Todo se definió cuando los gremios hicieron trascender que se iba a hacer paro general en toda la industria. El ministro peronista de Defensa, Robledo, declaró que si fuese por el prohibiría la película, pero que no estaba en manos de hacerlo. Todos miraron entonces a Abras, el secretario de Difusión. El 11 de junio de 1974 se dio el permiso de exhibición. Dos días después se dio en 40 cines. Siempre se dijo que Abras le había pedido autorización a Perón y que éste, que había visto el film en Olivos, había dado el "si". Dos semanas después moría Perón y *La Patagonia rebelde* obtenía el oso de Plata en Berlín. Tres meses después se retiró las exhibición por imposición de Paulino Tato, el Gran Censor del isabelismo-lopezreguismo. El Exilio comenzaba para algunos de los protagonistas. Historias argentinas.

América

Osvaldo Bayer

América Scarfó nos dejó para siempre. Murió el sábado pasado. Tenía 93 años. Recibí la noticia con la tristeza de saber que era la última de una época de lucha libertaria. Mi sentimiento no era otra cosa que una melancolía mezcla de enorme cariño y admiración. Fue la compañera de Severino Di Giovanni. El anarquista fusilado por el dictador golpista de uniforme: Uriburu. El 1º de febrero de 1931. Un día después era también fusilado el hermano más querido por América: Paulino Orlando Scarfó. En 48 horas le habían arrancado a la adolescente de 17 años sus dos más grandes cariños. Quedó sola, en un mundo absolutamente enemigo.

Los poetas le cantaron a América Scarfó. A finales de los '30, el querido Raúl González Tuñón escribirá: "América Scarfó te llevará flores y cuando estemos todos muertos, América nos llevará flores". Es que había quedado en todos el rostro de América el día en que mataron a su amado Severino: no lloraba, estaba sumamente triste, pero firme. Lo iba a seguir amando toda su vida, como me dijo cuando la fui a entrevistar, allá a comienzos de los setenta. Yo había logrado descubrir dónde estaban las cartas de amor que le había escrito Severino y que en el allanamiento de la quinta de Burzaco se había llevado la policía. Las cartas de amor más bellas que he leído en mi vida. No sólo los uniformes fusilaron a Severino sino que también hicieron "desaparecer" sus cartas de amor. Pero así como los desaparecidos de los setenta reaparecieron en sus Madres, así las cartas reaparecieron ante la búsqueda sin fin del historiador. En sus líneas de despedida, antes de recibir las balas militares, Severino le escribe a América: "Carissima: más que con la pluma, el testamento ideal me ha brotado del corazón hoy, cuando conversaba contigo: mis cosas, mis ideales. Besa a mi hijo, a mis hijas. Sé feliz. Adiós, única dulzura de mi pobre vida. Te beso mucho. Piensa siempre en mí. Tu Severino". Antes de esas últimas líneas, se le había concedido a Severino despedirse de América, que también estaba detenida.

América le dio el último abrazo, él la besó. Le pidió a ella que cuidara de los hijos de él y de Teresina, su esposa. América le dijo: "voy a seguir con tu recuerdo hasta mi muerte". El la miró con mucha tristeza y le respondió: "¡Oh, Fina, tu sei tan giovane!". Se besaron de nuevo. América salió mirándolo a Severino. Por ello tropezó con una rejilla y Severino le gritó: "¡ten cuidado!".

Los más destacados periodistas de Buenos Aires estuvieron en el fusilamiento. La mejor crónica fue la de Roberto Arlt, que no puso ningún comentario propio sino sólo la descripción de ese teatro irracional de la fuerza bruta contra las ideas.

"La descarga terminó con el más hermoso de los que estaban presentes", serán las últimas palabras de la crónica del periodista del Buenos Aires Herald.

Al día siguiente, caerá también Paulino Scarfó ante el pelotón de fusilamiento. Tanto a Severino como a Paulino, antes de fusilarlos, la policía de Uriburu los había torturado bárbaramente. Pero ellos no delataron a ningún compañero. El último encuentro entre América y Paulino será muy

breve. Ella no pudo disimular su dolor al ver el rostro hinchado de él. El la contuvo diciéndole: "no llores". Y luego agregó con mucho cariño: "pobre pibita" y le dio un beso en la mejilla. América lo besó muy fuerte y le preguntó: "¿no querés ver a mamá?" El le respondió: "no, ¿no ves cómo estoy?". "Es que se le notaban las torturas. Y agregó: "sigue estudiando. Estoy deseando que esto termine de una vez". La besó. América volvió a abrazarlo y se miraron a los ojos. Ella no lloró. El policía Florio urgió para que terminaran. América se fue con paso firme. Los periodistas notaron una lágrima en su rostro. Severino y Paulino gritaron antes de la orden de "fuego" las palabras que definían su ideología: "Viva la anarquía". Fue en la penitenciaría. Las descargas se escucharon en los jardines de Palermo.

Severino fue un antifascista, y estaba convencido de que la única manera de responder a la violencia de arriba era con la violencia de abajo. Sus atentados fueron siempre contra entidades fascistas o norteamericanas cuando se supo la condena a muerte de los dos héroes proletarios Sacco y Vanzetti. Sus escritos hablan de su pasión por su ideología del socialismo en libertad. La policía lo sorprendió cuando salía de una imprenta. Su huida por las calles de Buenos Aires quedó como algo legendario. En el tiroteo cayó una niña, y por supuesto le adjudicaron a él esa muerte cuando fue notorio que recibió balas policiales.

En el escritorio del luchador anarquista, la policía encontró debajo del vidrio esta frase: "Estimo a aquel que aprueba la conjuración y no conjura; pero no siento nada más que desprecio por esos que no sólo no quieren hacer nada sino que se complacen en criticar y maldecir a aquellos que hacen".

En 1928, en una carta, Severino le escribirá a América: "El amor, el amor libre, exige aquello que otras formas de amor no pueden comprender. Y nosotros dos, rebeldes divinos (jamás nadie podrá llegar a nuestras cumbres), tenemos derecho a desagotar el pantano de la moral corriente y cultivar allí el inmenso jardín donde mariposas y abejas puedan satisfacer su sed de placer, de trabajo y de amor". Fue un amor pleno que duró poco porque todo terminó en tragedia. Cuando América se va a vivir con Severino en la quinta, muy arbolada, de Burzaco, ya él era el perseguido número uno de la sociedad argentina. Ella sentirá miedo todas las noches y duerme abrazada a él. Una noche ella siente ruidos como de gente que entra a la quinta y trata de despertarlo. Le dice en voz baja pero insistente: "Severino, Severino, la policía". El se despierta apenas, la acaricia y le responde: "América, no, son los pájaros... duerme... duerme". De eso ella nunca se olvidará, me lo contará en uno de nuestros tantos encuentros, mientras elaboraba una nueva edición de mi libro.

Caídos sus dos seres más queridos, la joven América será protegida por sus compañeros de ideas. En ese período escribirá artículos para diarios anarquistas europeos en defensa de los derechos de la mujer. Y continuará con sus estudios, los cuales nunca dejó ni cuando era ya octogenaria. Por ejemplo, se recibió de profesora de italiano y rindió todas las pruebas en forma brillante.

Muchos años después de la tragedia, América encontrará un compañero de ideas con el cual fundará la librería y editorial Américalee. El nombre lo dice todo. Durante muchos años, fue la librería libertaria más completa de la

ciudad y la editorial se dedicó a publicar todos los pensadores del socialismo libertario.

Hace pocos años, estábamos todavía en el menemismo, América volvió a aparecer en los diarios. Es que un día que la fui a visitar, me expresó que ya estaba cerca de la muerte y que antes de irse para siempre quería estrechar en su corazón las cartas de amor de Severino. Que como yo sabía dónde estaban me pedía que hiciera todo lo posible para lograr su devolución. Le dije que iba a poner todo mi empeño. Lo fui a ver a Unamuno, el director del Archivo General de la Nación. Siempre dispuesto a la ayuda me preguntó donde había visto esas cartas la última vez. Le dije: “en el Museo Policial, en un archivo aislado”. Me respondió: “Bueno, quien puede darte permiso, por ser policial, es el ministro del Interior, Corach”. (“La última anécdota que me faltaba”, pensé.) Pedí la entrevista junto con América. Nos recibió a los dos días. Le expresé el deseo de América. Me dijo que iba a hacer las averiguaciones pertinentes para cumplir con los deseos de ella y agregó: “No se olvide, Bayer, que yo me llamo Carlos W. Corach. Carlos, por Carlos Marx, y W. Por Wladimiro Lenin”. Me sorprendí y no pude menos que decirle sonriente: “No lo parece”.

A los dos días nos llama el jefe de la Policía Federal que me esperaba en su despacho. Fui con América. Nos recibieron el jefe y el subjefe. El jefe me escuchó con forzada benevolencia. (El subjefe tenía una sonrisa cachadora como diciendo: “cómo se vino éste acá”). Le expliqué, pero el jefe me respondió grandilocuente: “usted me pide algo que pertenece a la Policía Federal. Mire (y tomó un cenicero): esto aquí tiene la palabra ‘Policía Federal’, si usted me lo pide le tengo que decir que no, porque no me pertenece a mí ni a nadie sino sólo a la Policía Federal”. Le insistí: “pero no se trata de un cenicero, son cartas de amor”. Me volvió a mostrar el cenicero, con gesto triunfal: “sí, pero las dos cosas pertenecen a la Policía Federal”. Entonces tomó la palabra América que con voz suave pero firme le expresó: “señor, son cartas de amor que me escribieron a mí, me pertenecen a mí. No es un documento policial o que sirva como prueba de algún delito. Las cartas me pertenecen sólo a mí”. El seguro policía se sintió molesto y sentenció: “pongan un abogado, se resolverá”.

Pusimos el abogado y pronto llegó la respuesta. Carlos Wladimiro nos citó en la Casa de Gobierno para devolver las cartas de Severino Di Giovanni a su amada América Scarfó.

Cómo habrá acariciado las cartas esa bella anciana de ojos muy negros y cabellos blancos como la nieve.

Ella no está más. Sus cenizas fueron enterradas en el pequeño jardín de la Federación Libertaria, la casa que no se rinde. Ahí iremos una vez por mes a leerle a ella una carta de amor del luchador caído.

Entrevista con Osvaldo Bayer

Las perspectivas eran inciertas. El diagnóstico, pesimista. Con los análisis y radiografías en mano, los médicos le pronosticaron entre tres meses y diez años de vida. Y además lo retaron. “Usted, Osvaldo, está enfermo de muerte. ¿Por qué no ha venido antes? Por su seguro social tiene la obligación de revisarse.” Eso fue hace cinco años. Lo cierto es que Osvaldo Bayer está enfermo de cáncer y no se muere.

Noticias: ¿En qué piensa un hombre al que le dicen que va a morir?

Osvaldo Bayer: Yo pensé en mi trabajo, nada más. Pero te agarra una especie de resignación. ¿Qué voy a hacer? ¿Voy a llorar? ¿Voy a buscar otros médicos? No. Mi ruego íntimo era que la cosa no se prolongara demasiado. Lo peor para mí sería que no me pudiera valer por mí mismo. En ese caso, yo soy muy amigo del suicidio. Si yo caigo enfermo y no me puedo levantar, y no hay ninguna posibilidad de nada, yo recurro al suicidio.

A pesar de la tristeza que le produjo el diagnóstico, Bayer está agradecido: “Yo a los médicos alemanes les rajo pero son geniales. A mí me dijeron de todo, pero me ayudaron a escribir la novela “Ranier y Minou”, que pensé que no la terminaba. Y ahora estoy preparando una novela sobre Rodolfo Walsh y los montoneros, que espero terminar.

Noticias: ¿Cómo influye la salud en su ánimo y en su escritura?

Bayer: El único problema es que me dan unos remedios que me cansan muchísimo. Yo leo diez minutos y me quedo dormido. Trabajo en la computadora y me despierto con la cara en la pantalla y la mente tergiversada. Eso es lo único, pero dolores no tengo. Los alemanes no tratan el cáncer con quimioterapia sino con hormonas. A mí me dan hormonas femeninas. A los hombres jóvenes les crecen los pechos, y a las mujeres los bigotes. Pero a mí, que soy viejo, no me hace ningún efecto. Entonces, cuando me despierto en la pantalla, me mojo la cara en la ducha y sigo escribiendo.

Noticias: Qué batalla la escritura.

Bayer: Es una cosa de locos. Me acuerdo de que los cuatro tomos de “La Patagonia rebelde” los hice trabajando doce horas en “Clarín”, más tres horas de viaje, porque vivía en Martínez. Tenía una voluntad bárbara. Ahora debo decir que me ayudó mucho el whisky.

Noticias: ¿Fue su mejor compañero para escribir?

Bayer: Sí. A las diez de la mañana me servía un whiskicito, y me salía todo volando. Y después enganchaba otro a eso de las doce. Y basta, porque tenía que ir a trabajar al diario. Me los traía mi hermano de Inglaterra, que era oficial de buque mercante.

Por el cáncer, Bayer tuvo que abandonar el whisky, pero recibió con júbilo la receta de los médicos. “Me prohibieron todo. Lo que tengo que tomar, por obligación, es un cuarto de vino tinto. Todos los días. Esto fue por lo siguiente. Resulta que los italianos tienen la mitad de enfermos de cáncer que los alemanes. La causa estaba en la dieta: pasta y vino tinto. Y los alemanes tienen cerveza, que es cancerígena, y las salchichas de grasa. Esa es la diferencia.”

Bayer propone probar su vino preferido, Tocornal. “Lo hacen los chilenos en Mendoza”, comenta, mientras intenta hacer lugar en una mesa ubicada en el patio cerrado de su casa en Belgrano. Patio cerrado es un decir. Adentro llueve un poco, y Bayer quita los nailons que protegen las carpetas y diarios de su archivo. “Es un buen consejo médico”, dice al fin del primer trago.

Bayer tiene la casa tomada. Los libros brotan de las paredes. La más espectacular y voluminosa de sus bibliotecas es una emplazada en un pasillo, que casi impide el acceso. Osvaldo Soriano bautizó la casa como “El Tugurio” y Bayer colocó una colorida madera en la puerta con esa leyenda. Allí vive ocho meses al año. El resto, en una casa ubicada en un bosque de Alemania.

Noticias: ¿Qué le quedó por escribir, algo que le parezca que ya no va a hacer?

Bayer: Posiblemente una autobiografía de mi niñez en las colonias alemanas de Santa Fe. Sería una excusa para contar a mi tía Gisela, un personaje precioso. Fue la mujer más libre de la colonia Humboldt.

Noticias: ¿Qué quiere decir libre?

Bayer: Que hacía lo que quería. Tuvo dos hijas naturales. No hace mucho di una conferencia en Santa Fe y vino un hombre de unos ochenta años. “¿Usted es algo de Griselda Bayer?”, me preguntó. Porque ella se hacía llamar Griselda. “Sí, era mi tía.” Al tipo se le iluminó la cara: “Esa mujer era maravillosa. Cuando se le quemó la estancia puso una pensión para estudiantes. Y fue la primera pensión de varones que dejaba entrar chicas a la noche y se quedaban a dormir. ¿Sabe cómo la pasábamos nosotros?”, me contó el tipo. Siempre me encuentro con sorpresas de mi tía. Además fue la primera mujer que vi desnuda en mi vida. Se paseaba por la galería en verano, a la hora de la siesta. De chico yo siempre elegía pasar las vacaciones en la estancia de ella.

Noticias: ¿Estaba buena?

Bayer: Estaba muy bien. Tenía una melena rubia, muy larga, hasta la cintura. Y cuando venía a Buenos Aires nos llevaba al circo, al salón “Familia” de los café, para tomar naranjín, y nos sacaba a pasear siempre en un coche de plaza. Murió en 1991. A los cien años y un mes. Para los cien años hicimos una fiesta en una cervecería, aunque ella decía que cumplía 87. Le regalé un “déshavillé” francés, y al mes sus amigas se lo pusieron como mortaja en el cajón.

Husmeando en la biblioteca de Bayer, de golpe revienta en el suelo un portarretrato. Es de su mujer. Bayer suelta una cálida ironía: “Bueno, ahora sin el vidrio va a estar más fresca”. Recuerda que la conoció una tarde en que disertaba sobre la obra de Wagner y que luego la invitó a escuchar una pieza del compositor alemán. Con el tiempo, Bayer fue bañero del club Comunicaciones, se enroló como marino timonel, estudió historia en Alemania, y luego se hizo periodista. La investigación y escritura sobre “La Patagonia rebelde” -que ahora Planeta reeditó en un solo tomo- le demandó ocho años. Allí logró reconstruir una masacre de obreros anarquistas en la Patagonia, ocurrida casi medio siglo antes, durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen.

Bayer: “Tuve la suerte de encontrar a todos los protagonistas de los hechos. Los soldados tenían setenta. Los oficiales, casi ochenta. Y aunque parezca increíble estaban esperando contarle a alguien lo que habían hecho.

“La Patagonia rebelde” le trajo varios disgustos. Uno fue la amenaza de la Triple A, que le avisó que lo mataría si no abandonaba el país. “La Triple A llamaba a las redacciones y anunciaba: ‘hay una nueva lista en el baño del café El Foro’, y los periodistas la publicaban. Yo me enteré de que estaba incluido leyendo ‘La Opinión’ en un bar, y le dije a mi mujer que se fuera a Alemania con los pibes. Fue una de las pocas cosas que hice bien en mi vida”, asegura. El segundo disgusto fue por la película que se hizo del libro. A los Montoneros no les gustó. “El único medio que la criticó fue ‘Noticias’, el diario de la organización. Ahí me di cuenta de lo que eran ellos: inhumanos. No tenían sentido de la historia ni de la amistad, porque yo me había criado en los medios con ellos. Podrían haberlo discutido conmigo. La película contaba que había un grupo, el Consejo Rojo, que no le interesaba un pito las huelgas sino que las aprovechaba para entrar a estancias, llevarse alguna piba o robar cosas. Los militares los detuvieron y los utilizaron para estropear la imagen de todos los dirigentes anarquistas. Pero al año, a los del Consejo Rojo los liberaron, y a los sindicalistas los fusilaron. “Noticias” decía que yo había hecho una película socialdemócrata, y que había inventado lo del Consejo Rojo para criticar a Montoneros. Pero era la verdad histórica.

Noticias: Montoneros vio en la película una crítica a la violencia.

Bayer: Claro. Pero los obreros patagónicos no ejercieron la violencia, dejaron de trabajar. Yo siempre fui un socialista libertario, he respetado a Marx por su sabiduría, pero jamás hice una crítica a la guerrilla armada. Esto lo hablaba con (Rodolfo) Walsh y con (Juan) Gelman: “Mi temor es que los van a matar a todos”, les advertía. La revolución que querían hacer ellos había que hacerla con mucho tiempo y pacíficamente. Yo entendía que a algún comisario torturador y asesino de compañeros se lo quisiera hacer volar por el aire. Pero poner una bomba en un lugar y causar víctimas inocentes, yo no estaba de acuerdo. Creo que Montoneros hubiera alcanzado muchísimo más si no empleaba métodos violentos. Yo tenía conversaciones muy largas con Walsh. Él me comprendía bastante, pero decía que el aparato estaba creado, que la mentalidad era esa y que los métodos que ellos empleaban iban a acelerar la revolución.

Noticias: ¿Alguna vez tuvo propuesta de sumarse a la guerrilla?

Bayer: No. Ya conocían mis escritos, mi forma de ser y pensar. A mí me llamaban “el Burguesito” porque discutía la no violencia.

Noticias: A partir de la amenaza de la Triple A, ¿vivía armado?

Bayer: No, no me gustan las armas.

Noticias: Pero usted, en “Severino Di Giovanni”, le da un halo romántico a los anarquistas que ponían una bomba o usaban armas...

Bayer: Lo que pasa es que yo, además de ser anarquista, soy pacifista a ultranza. Pero cuando escribí “Expropiadores anarquistas” digo la absoluta verdad. A veces me llama Fina, la que fue amante de Severino y me critica. “Vos le adjudicás todo a Severino...” Y no es cierto: lo que publiqué me lo

contaron sus compañeros. Pero también creo que le rendí homenaje porque las expropiaciones las hacían para comprar armas y publicar sus periódicos, no para vivir bien. Yo les tengo respeto, porque mi línea es el pacifismo y no tengo la fórmula para hacer la revolución.

Algunos años atrás, cuando Fina se sintió morir, le pidió a Bayer que le consiguiera las cartas de amor que le había escrito Di Giovanni, antes de que lo detuvieran y fusilaran. "Antes de morir, quiero abrazar sus cartas contra mi pecho", dijo. Los manuscritos estaban en el Museo Policial y Fina pudo recuperarlos. Ahora que va a cumplir 90 años y no se murió, Fina le pide a Bayer que, en una futura edición, le arregle la edad en la que se fue a vivir con Severino: "No me pongas más que tenía 16 años. Si no parezco una chiquilina que va detrás de los hombres. Por lo menos poneme 17".

Noticias: ¿Para usted fue una frustración que la historia de Di Giovanni no fuera al cine?

Bayer: Sí. Muchos me dijeron que esa película jamás se podría filmar. En 1972, le vendí los derechos a Leonardo Favio, y hay que tenerle una paciencia de santo a Favio. Me llamaba a las dos de la mañana, me recibía en su casa en short y turbante e imitaba a Severino en el momento de su fusilamiento. Una hora y media tardaba en interpretar la caída. Al final, abandonó a Severino por Gatica. Después la tuvo Héctor Olivera y no la pudo filmar. La agarró un director italiano, ya estaba todo listo y las Brigadas Rojas pusieron una bomba en Milán y entonces la RAI le quitó apoyo. No podían reivindicar a Severino.

Noticias: ¿Quién iba a hacer de Severino?

Bayer: Yo quería un actor italiano. Porque si lo hacía un argentino...

Noticias: Y acá le hubieran propuesto a Darío Vittori.

Bayer: Olivera me dijo: "Esta película no se puede hacer. Es un terrorista simpático. A cada bomba que ponga, cada asalto que haga, la gente va a aplaudir como loca. Yo no me quiero meter".

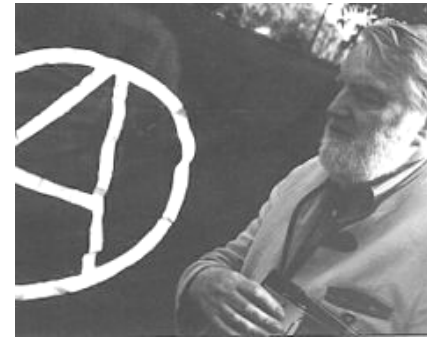
Noticias: ¿Entonces qué va a hacer?

Bayer: Ahora le vendí los derechos a Luis Puenzo, que me decepcionó mucho como persona.

Noticias: ¿Por qué? ¿Cómo fue eso?

Bayer: Yo estaba muy enfermo, y firmé un contrato. Al tiempo Puenzo me dice: "Yo ya tengo el guión, Osvaldo". El contrato lo iba a hacer yo. Pero leí su copia. Se lo mostré a Fina y casi me mata. Ella en una escena aparece acostándose con el hermano.

Noticias: ¿Con el hermano de Severino Di Giovanni?

Bayer: No, con el hermano de ella. Y Puenzo trataba de explicarme: "Acá en alguna parte hay que poner algo de sexo...". Yo le dije: "Vos hacé esta película y el día del estreno voy a la puerta del cine y me quemo vivo". Cuestión que no la pudo hacer. Todavía le queda un año de contrato. Ahora el libro se reedita en Italia y yo preferiría que la hagan ellos. Pero ahora con lo de las Torres Gemelas, andá a hacer la vida de un terrorista. Capaz que van en cana. Por eso Puenzo tenía un miedo bárbaro. El otro día lo encararon tres anarquistas y le dijeron "atrevete a hacer la película de Bayer... te vamos a dar una gran paliza". Se asustó mucho.

Osvaldo Bayer nació en Santa Fé en 1927. Estudió Historia en la Universidad de Hamburgo de 1952 a 1956. De vuelta en la Argentina se dedicó al periodismo, a la investigación histórica y a guiones cinematográficos. Trabajó en los diarios Noticias Gráficas, en el patagónico Esquel y en Clarín, del cual fue secretario de redacción, y en diversas revistas. Fue secretario general del Sindicato de Prensa de 1959 a 1962. Por el libro La Patagonia Rebelde y el film del mismo nombre fue perseguido y tuvo que abandonar el país en 1975. Vivió en el exilio, en Berlín, hasta su regreso a Buenos Aires, en 1983.

"¿cuáles son los elementos que definen materialmente al poder?

Esencialmente tres: el poder económico, el político y el religioso; estos dos, en general, dependientes del primero. La llamada *democracia burguesa*, es decir, que se representa a través de partidos políticos, es la que mejor clarifica esto del dominio económico. Por lo general, el ciudadano sólo puede elegir entre dos partidos políticos ninguno de los cuales tiene en su programa la socialización de la economía, sino que se diferencian apenas por distintos modos de conservar el status: republicanos y demócratas en Estados Unidos; conservadores y laboristas en Inglaterra; (...) Es decir, entre conservadores y populistas. En el llamado *socialismo real*, por la falta de democracia interna, se llegaron a conformar sectores que ejercieron el poder sin posibilitar a las bases la discusión ni de ejercer el antiautoritarismo democrático.